

BUEN HUMOR



López Rubio



Dib. LÓPEZ RUBIO.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid
—¡Eso no me lo dices tú en la calle!...

CONCURSOS DE "BUEN HUMOR"

Cerrado herméticamente nuestro concurso de títulos y leyendas, abrimos hoy de par en par nada menos que la friolera de tres nuevos concursos, de cuyo éxito brutal, inmarcesible e imperecedero no dudamos ni tanto así.

Todos nuestros lectores y lectoras, es decir, señoras, señoritas, caballeros, pollos, niños y militares, pueden tomar parte en estos concursos, nada más que ciñéndose voluptuosamente a estas dos condiciones:

- 1.^a Tener gracia.
- 2.^a Cortar el cupón.

Esto de cortar el cupón no se refiere a tener dinero en el Banco, sino a tener en casa unas tijeras con las cuales se pueda verificar el sencillísimo hecho de *desglosar* del texto de nuestro semanario los cupones que han de acompañar a los envíos de los lectores.

Y hechas estas necesarias aclaraciones, pasamos a dar cuenta de los concursos que en este momento abrimos.

PRIMER CONCURSO. — Este concurso, que será continuo como los discursos de D. Melquiades, o para decirlo más claro, que se verá, fallará y tendrá premio todas las semanas, consiste en un chorro de chistes, caídas o gracias (como ustedes prefieran llamarlas), de las cuales, las que a juicio de la Redacción sean más ingeniosas y originales, lograrán los siguientes honores:

1.^o Hacer inmortal el nombre de su autor, que se publicará al pie del chiste o gracia, acompañado, si lo desea, de su edad, su estado, su profesión, su domicilio y hasta sus ideas políticas.

2.^o Provocar la envidia de los redactores de este semanario, los cuales, hasta los que sean calvos, se tirarán de los pelos que puedan al ver que hay en el mundo señores tan graciosos o más que ellos, y que no presumen como ellos.

3.^o (Hay ascensor.) Al autor del mejor chiste de los que publiquemos en cada número, entregaremos la formidable cantidad de **DIEZ PESETAS** en metálico, o en billetes de Banco, siempre que el susodicho autor dé la vuelta del billete en el acto.

¡Con que, queridos lectores, a calentarse la cabeza! ¡Manden muchos chistes, muchas ocurrencias, muchas gracias! (¡No hay de qué!)

¡Anden ustedes, y que les den dos duros!

¡Ah, una advertencia!... Este concurso procuraremos que no quede desierto jamás.

SEGUNDO CONCURSO. — Este concurso, que cerraremos el día 2 de abril, consiste en dar una respuesta graciosa, contundente y definitiva a la siguiente pregunta:

¿En qué invertiría usted con más aprovechamiento la cantidad de dos pesetas con sesenta y cinco céntimos?

TERCER CONCURSO. — También será cerrado el 2 de abril, y también consiste en aclarar con salero, intención y oportunidad la siguiente y terrible duda que nos está consumiendo desde hace cinco años:

¿Por qué razón misteriosa e indescifrable cuesta veinte céntimos el tranvía para ir a las corridas de novillos, y dos reales para las de toros?

En ambos concursos, los que contesten con más gracia y acierto serán galardonados con la ya imponente suma de

CINCUENTA PESETAS

Es decir, que si hay un lector que consigue alcanzar los dos premios podrá disponer en un momento de **VEINTE DUROS** (todos buenos y perfectamente acuñados), con los que se pueden resolver casi diez días de existencia, sin el agobio de la lucha diaria por el cocido y de pensar en qué habrá que hacer mañana para que la criada pueda ir a la compra... Aunque nosotros preferiríamos que los dos premios recayeran en autores distintos, tanto porque hacemos la felicidad de más familias, como porque nos haría gracia ver las caras de los agraciados cuando la sorpresa de ser premiados con diez duros les hiciese exclamar con inefable regocijo:

— ¡Anda, diez!

Los envíos habrán de venir necesariamente firmados por sus autores (y los de provincias en sobre abierto y con la indicación de *Original para imprenta*), y acompañado cada uno de los originales de un cupón de los que publicamos por separado.

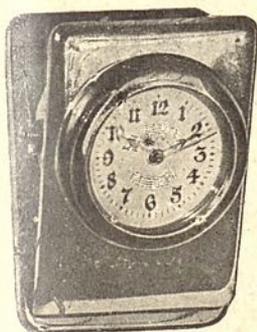
CONCURSO-ANUNCIO

Una casa anunciadora, deseando hacer un obsequio a nuestros lectores, nos remite para su publicación este jeroglífico.

Para tener derecho al regalo de los artísticos relojes

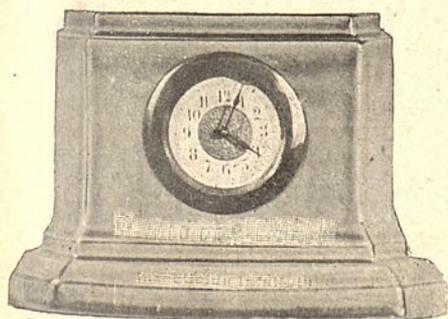


cuyas fotografías acompañan a estas líneas, es necesario que discurran ustedes un poquito hasta dar con la solución exacta del jeroglífico en



cuestión; y una vez convencidos de que han acertado ustedes con ella, la remiten a esta Redacción, plaza del Angel, 5, entresuelo, antes del 31 del presente marzo, fecha en que cerraremos el concurso.

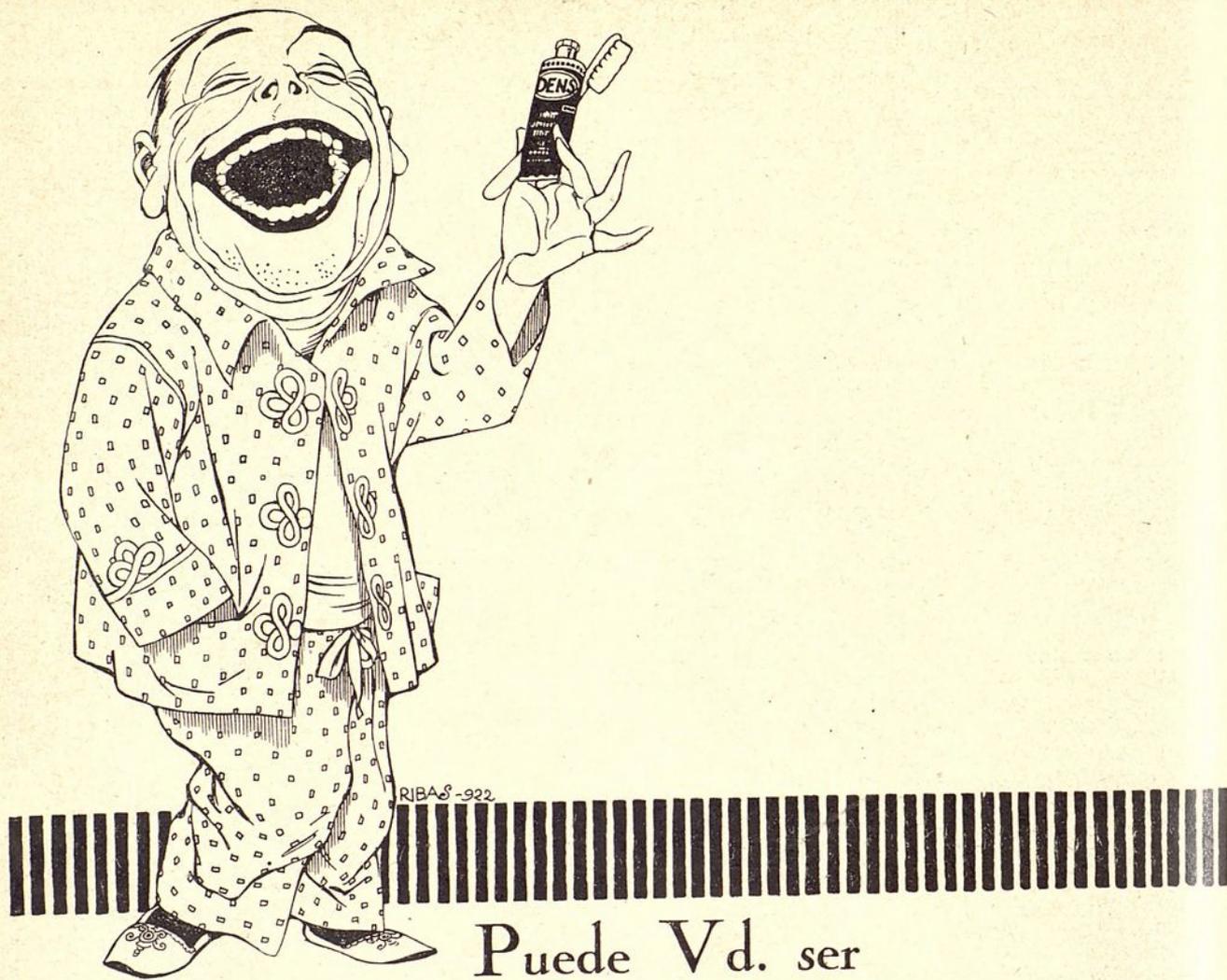
Los de provincias harán su envío en sobre abierto, en el que figurará la inscripción de *Original para imprenta*. Tanto los de Madrid como los de provincias procurarán no olvidarse de acompañar cada solución del cupón que figura al pie de esta plana, pues serán nulos todos los envíos que se nos hagan sin cumplir' esta formalidad.



Los premios se entregarán en esta Redacción a los autores de las tres soluciones exactas que recibamos, y si hubiera mayor número de éstas, se celebrará un sorteo entre todas ellas para el reparto de los tres premios.

Las soluciones deberán venir firmadas por sus autores y con indicación de domicilio y población en que residen.

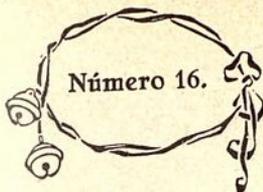
CUPÓN que deberá acompañar a cada solución que se envíe para el CONCURSO-ANUNCIO.



Puede Vd. ser
OPTIMISTA
después de usar la
PASTA
D E N S

que le permite ostentar una dentadura
blanca, y una boca fresca y perfumada.

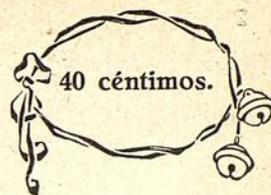
TUBO 1.50



BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

Madrid, 19 de marzo de 1922.



ASPECTOS DE LA HUMANIDAD

LIGEROS APUNTES SOBRE EL DOMINÓ

DIJE, al ver que mi compañero colocaba sobre el mármol de la mesa la blanca doble: «Es una salida muy fina.» Tuve que explicar esta frase.

El dominó es uno de los juegos más estimables de la Humanidad. Consta que el hombre de las cavernas jugaba con una especie de dominó primitivo formado con los molares de sus parientes difuntos más amados. El paso de los siglos mejoró este juego, hasta lograr la admirable perfección de nuestros días.

El seis doble es relativamente moderno. Fué la obscurantista Edad Media la que introdujo esta tenebrosa ficha en el ruidoso juego del dominó. Carlomagno mostró sus preferencias por ella apenas inventada, lo que no tiene nada de extraño en un guerrero de aficiones plebeyas. En cambio, los Papas, que poseían esa alta finura espiritual de la Iglesia, señalaron siempre su afición por las fichas más blancas. Consta que Urbano IV, gran aficionado al dominó, no salía nunca con una ficha superior al tres doble, aunque la salida le costara perder el juego.

Hay una curiosa anécdota de Luis XV, el rey galante de la exquisita Francia. Jugaba en el gabinete de la Pompadour, y ésta salió con el cuatro doble. El rey hizo un gesto de contrariedad — no tenía ni un solo cuatro —, y antes de exclamar: «Paso», dijo: — Señora, ¿no teníais otra ficha más oportuna? Y la Pompadour, con

aquel su descaro tan gracioso, repuso:

— ¿Queréis ser majestad hasta para jugar al dominó?

Lo que demuestra la independencia admirable con que siempre se ha conducido este juego, poco dado a las adulaciones.

Desgraciadamente, lo que empezó siendo recreo de los griegos, hebreos y chinos más ilustres — Tucídides, Moisés y el príncipe Tsinchi-Hoag-ti, entre otros —, se ha emplebeyecido hoy sobre las mesas de las tabernas. Es lamentable seguir la historia de la decadencia de este juego, bautizado por los padres de

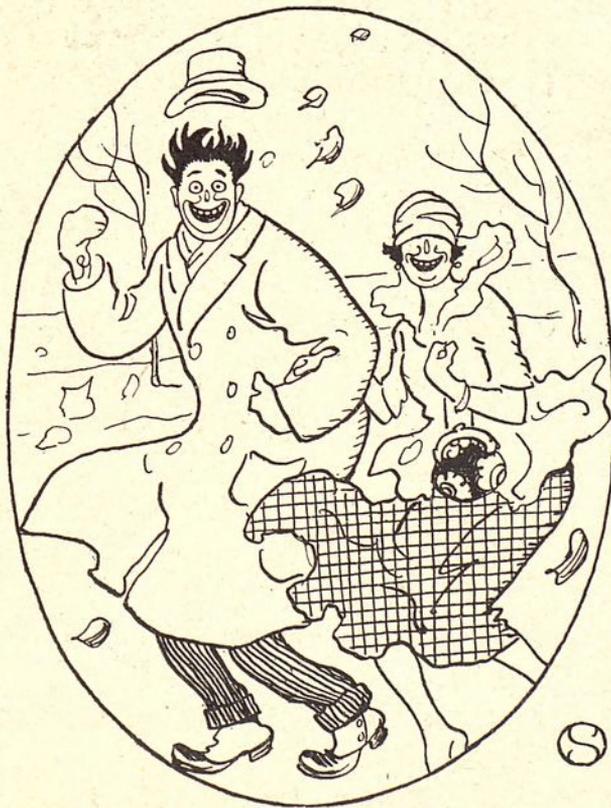
la Iglesia, pues solían decir al cerrar, dejando a los contrarios con sesenta y cinco tantos:

— *Benedicamus Domino.*

(Queremos hacer constar que el juego del dominó dió origen al vocablo *capicúa*, que hoy tiene una difusión máxima. Cuando ambos extremos eran iguales — a blancas, a cuatros, etc. — se decía «hacer caps y cúas.»)

Sin embargo, el dominó, a pesar de su descenso en la escala de las categorías sociales, es un juego que continúa contribuyendo al progreso de los países. No vacilamos en afirmar su influencia en el desarrollo humano; sobre todo, en los siguientes aspectos:

Aspecto físico.— Un buen jugador de dominó desarrolla sus brazos o extremidades superiores tanto como un buen futbolista sus extremidades inferiores. Lo corriente es golpear con las fichas el mármol de las mesas, a veces con tal ímpetu, que se rompen las fichas o se rompe el mármol. Hay, no obstante, jugadores tímidos que las colocan suavemente; pero aun éstos no pueden substraerse al arrebato que obliga a cerrar con fiereza cuando se ahorca el seis doble. Algunos acompañan la acción de los brazos con rudas y vibrantes interjecciones, que, si no son modelos de bien decir, son muy convenientes para la gimnasia de las cuerdas vocales. Además, por poco nervioso que sea el jugador, siempre sigue las incidencias del juego con agitaciones bruscas, que le mantienen en una constante movilidad.



Dib. SILENO. — Madrid.

DICCIONARIO DE "BUEN HUMOR"

APÉNDICE



LAN atroz, tan disparatado, tan enorme, tan desmedido, tan fuera de lugar, tan superior a mis esperanzas, tan por encima de mis merecimientos, tan impropio del escaso valor de mis esfuerzos, tan exagerado para el mérito de mi trabajo, tan alentador, tan conmovedor, tan halagador ha sido el número de cartas que he recibido para que no abandone la tarea de elaborar poco a poco un diccionario castellano fidedigno e independiente, que me decido a no abandonarla.

¡Sí, señores. ¿Cómo quieren ustedes que *la abandone*, después de recibir cerca de doscientas cartas cariñosísimas, dulcísimas y amorosísimas? ¡Eso no lo puede resistir ni el corazón de bronce y peña del propio Don Juan Tenorio y García, natural de Sevilla, hijo de Don Diego y de madre desconocida!...

De modo que aquí estamos otra vez, decididos a dar comienzo al apéndice del diccionario, apéndice que será mayor que el diccionario mismo, cosa que no tiene nada de particular desde el momento en que Sánchez Toca tiene también su apéndice correspondiente, y desde el momento en que este apéndice también es más grande que el propio Sánchez Toca.

Conque, señores, ánimo y adelante, que ahora mismo voy a tener el sabrosísimo gusto de reanudar la sesión.

A

Alemania. — Nación arruinada, donde todo está carísimo, y donde se ha dado el caso de pedirle a un célebre anticuario quinientos mil marcos por un solo cuadro.

Acaparador. — Búsquese *Sinvergüenza*.

Académico. — Búsquese *Ignorante*.

Acémila. — Búsquese *Concejal*.

Apretón. — Búsquese *Water-closet*.

Albarda. — Prenda de vestir bastante usada por ciertos diputados a Cortes, de determinados distritos.

B

Babia. — Lugar habitual de residencia de D. Antonio Maura y Montaner.

Bombo. — Artículo periodístico dedicado a ensalzar exageradamente los méritos de una persona, sea del sexo que sea. No obstante, hemos observado que los bombos de

las señoras suelen ser de enorme magnitud, aunque algunas agraciadas todavía se quejan y dicen que los bombos les resultan chicos.

Bombita. — Torero retirado.

Bombilla. — Paseo también retirado.

Bestia. — Político conocido que no hay medio de que se retire.

Buscapiés. — Nombre que creemos conviene aplicar a los callistas que no tienen clientela y que se afanan por tenerla, anunciándose constantemente en los periódicos.

C

Cacao. — Producto absolutamente desconocido de D. Matías López y toda su distinguida familia.

Cacahuet. — Producto rotundamente conocidísimo del precitado D. Matías López y de la ya nombrada y respetabilísima familia, a quienes reiteramos con este motivo el testimonio de nuestro más distinguido afecto y consideración.

Caco. — Sinónimo de ladrón. Si en vez de ladrón, nos referimos a una ladrona, es forzoso e irremediable que la llamemos caca.

Cartera. — Hembra del cartero.

Caná. — Hembra del can.

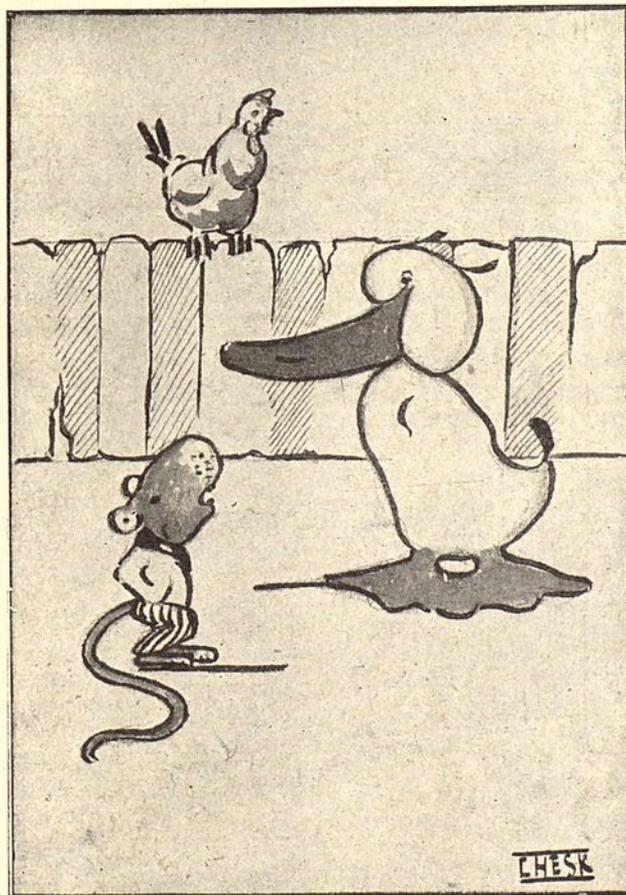
Cama. — Hembra y varón... Los detalles no nos importan.

Canillas. — Pueblo cercano a Madrid y famoso por sus grandes bosques de cardos borriqueros. Sabemos de buena tinta, que en España las muchachas de Canillas son las únicas a las que no les gusta enseñar las piernas.

D

Desplumar. — Lo que hace *Chelito* con los pollos que caen en sus manos.

Ahora bien: hay que hacer notar una cosa curiosa, que parece casi un milagro. *Chelito* los asa primero, y luego los despluma, habilidad completamente



Dib. CHESK. — Madrid.

EL RATÓN. — ¿Qué tal le va a usted en su nuevo estado?
EL PATO. — Muy bien: mi suegra es una incubadora.

desconocida por los cocineros, los pinches y los ayudantes.

Diez. — Cantidad que representa el valor de la unidad seguida de un cero. La ruleta es la única cosa que destruye este valor, porque si sueltan ustedes en la mesa una unidad cualquiera (peseta o duro) y va seguida del *cero*, se quedan ustedes sin ella.

La cantidad diez es, además, andarina y soltera. ¿Les choca a ustedes?

Pues fíjense en las veces que se ha dicho en la vida: «¡Anda diez!» y «¡Me caso con diez!», y se convencerán en el acto.

Dormida. — Véase *Sonámbula*.

Conste que no es recomendación para que vayan ustedes al teatro Real; porque, a parte de que no la ponen este año, la ópera es bastan-

te medianeja y resultarían ustedes los dormidos, ¡y no habríamos conseguido nada!...

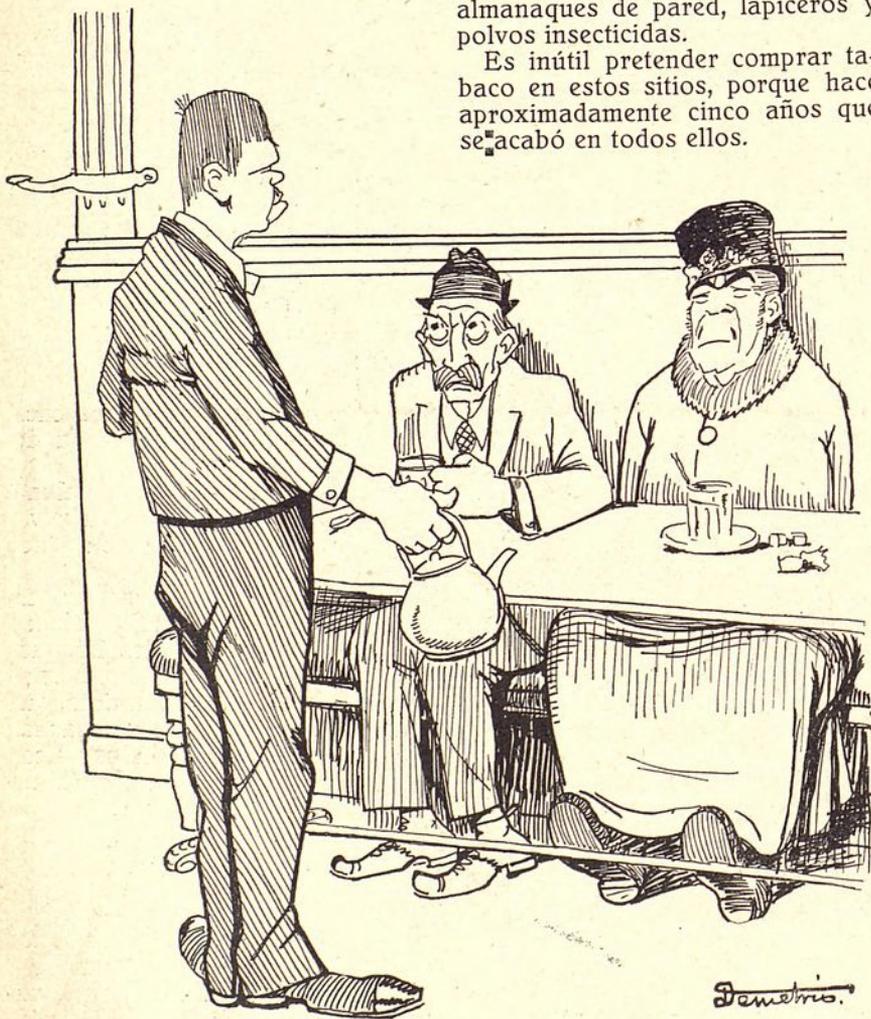
E

Evacuatorio. — Monumento del género gótico (o goteador, o que gotea), instalado en la Puerta del Sol para asombro de paletos y paletillas. Se le conoce también por el nombre prestigioso y elegante de la cámara de los comunes.

Estreñimiento. — Dificultad que tienen ciertas personas para explicarse con soltura. Se le puede llamar también a este fenómeno tar-tamudez de barriga.

Estanco. — Establecimiento donde se venden boquillas, sellos de Correo, papel para cartas, tarjetas postales, cordones para las botas, almanaques de pared, lapiceros y polvos insecticidas.

Es inútil pretender comprar tabaco en estos sitios, porque hace aproximadamente cinco años que se acabó en todos ellos.



LA IDEA FIJA

EL ECHADOR. — ¡Solo?
EL PARROQUIANO. — ¡Ojalá!

Dib. DEMETRIO. — Madrid.

F

Francos. — Dinero francés que en la actualidad vemos cotizado a cincuenta y siete céntimos la pieza.

Poco valor son dos reales; pero Francia debe consolarse del valor de sus *francos papel*, porque en España tenemos *Francos Rodríguez* y estamos todos tan satisfechos...

Filete. — Me van a perdonar mis lectores; pero yo no tengo ni la más remota idea de lo que es esto.

Fu. — Primera letra del alfabeto que emplean los gatos, descubierto, como ustedes saben, por Merlín, pues nadie ignora que antes de este descubrimiento los gatos no decían ni fu ni fa.

G

Gallo. — Cosa que ha dado lugar a enormes escándalos en espectáculos públicos, en forma de pateos, broncas y denuestos. Es indiferente que la frase se refiera a una nota chillona, estridente y desafinada de un cantante, o a otra cosa llamada Rafael Gómez Ortega. En ambos casos, el tumulto público suele ser disparatado e inenarrable.

Grande. — Adjetivo de buen tamaño. Debemos mencionar especialmente el grande de leche merengada y el grande de España. ¡Los dos están frescos!...

Guardilla. — Guardia de orden público corto de talla.

CH

Charlatán. — Melquiades Alvarez.

Chulo. — Juan la Cierva.

Chabacano. — Pedro Muñoz Seca.

Chirle. — Francisco Villaespesa.

Chocho. — Manuel Allendesalazar.

H

Herradura. — Calzado comodísimo y de gran duración, puesto de moda por unos cuantos poetas ultraístas.

Hierba. — Plato suculento y nutritivo, también puesto de moda por los aludidos ultraístas y poetas.

Hormigón. — Presidente del Consejo de Ministros en una agrupación de hormigas. Si en vez de presidente del Consejo le nombran general del ejército, toma el nombre de *hormigón armado*.

(Se continuará; palabra de caballero.)

ERNESTO POLO.

LECCIÓN DE MORAL

O «TEMPORA», O «MORES»

No hay para qué ofenderse, bella señora mía (lo de «mía» es un dicho; ¡qué más quisiera yo!...), si le digo en la calle, con voz entrecortada:

«Escuche dos palabras, señora, por favor...»

Así le dije a usted la otra mañana, y usted me contestó,

con gesto despectivo y altanero, displicente la voz:

«Ni dos, ni tres, ni media; ¡no tengo gana de conversación!»

Muy bien, señora; bueno... — ¡disimule! —; pero eso no me basta, con perdón.

Usted puede muy bien no tener ganas de hablarme; pero yo

puedo, en cambio, tenerlas, y no veo por qué santa razón

baste que usted no quiera abrir el pico para no hablar los dos.

Cállese usted, si quiere, en hora buena; pero lo que es yo, no.

¿Qué es eso de tratar de esa manera a un hombre que la habló

con el mayor respeto de la tierra?... ¿Que no es de educación

hablar a una señora en plena calle sin conocerla? ¿Por qué no?

¿Qué se figura usted que iba a decirle? Lo menos se ha creído que una declaración;

¿verdad que sí?... Pues no, ¡ni por asomo! Está usted en un error.

Yo le quería hablar tan solamente por darle una lección

de moral nada menos — ¡lo que oye! —, y quedar como el hombre de urbanidad que soy.

Iba a decirle a usted: «Señora mía, haga usted el favor

de poner, al vestirse, un poquitito de más moderación,

porque entre lo que enseña y lo que ciñe, descubre todo lo que Dios le dió;

y como a Dios le dió la ventolera de quedar como Dios,

haciendo filigranas escultóricas cuando la esculturó,

salir así a la calle, en esa forma, supone tener una redomada intención.

Porque, fijese bien: si usted ya sabe que tiene usted un cuerpo incitador,

yo debo suponer que, si lo enseña, quiere incitarme, y, caballero yo,

no puedo despreciar a una señora que hace una invitación

de un modo tan redondo. Y es muy triste que, yendo por la calle tranquilo como voy,

me saque usted de quicio, y luego tenga que quedarme corrido por su reconvención.

¡No, no..., poquitas bromas!...

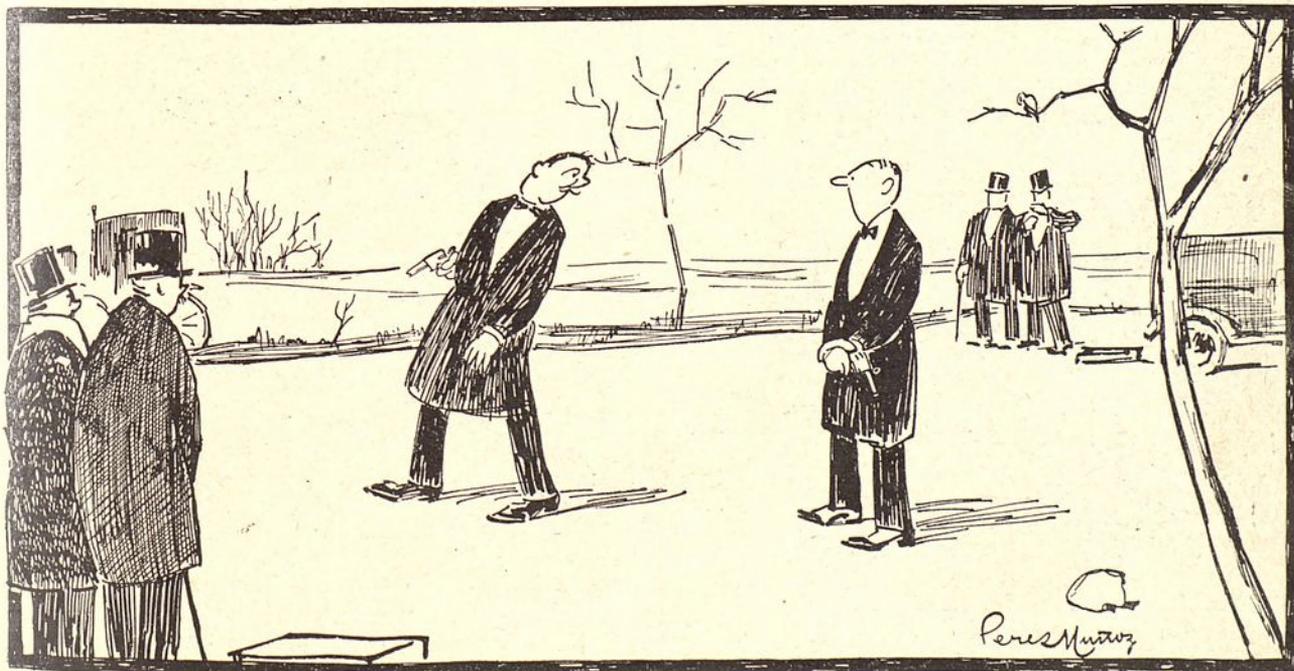
O tempora, o mores, señora, una de dos: o nos va a dar a todos buenamente

lo que tan buenamente Dios le dió, o no se exponga usted a ciertas cosas con esa... exposición.

• ¡Hay que dejarse en casa menos tela, o dejarse el pudor!...

Esto es lo que quería decirle, y ya está dicho... Señora, ¡servidor!

MANUEL ABRIL.



— Le agradeceré que no me apunte a la cabeza: padezco de neuralgias...

Dib. PÉREZ MUÑOZ. — Madrid.

Teoría y estética de los cuellos de pajarita



NADA más formal ni más importante que los cuellos de pajarita. No hay en la trigonometría cálculo tan complicado ni problema tan difícil como el de la moda de un buen cuello de pajarita.

Se discute mucho sobre los cuellos de pajarita: tanto como sobre mí. Unos elegantes llevan uno creyendo que es el modelo típico del supremo *chic*, y otros llevan otros por la misma razón. Cuando se llega a ese engreimiento de la adolescencia retintinada, todo es absolutamente aristocrático y elegante.

La verdad verdadera es que sólo el Rey de Inglaterra lleva el pajarita ideal, el pajarita excelso, el pajarita digno de Petronio, si Petronio hubiese gastado pajarita. El Rey de Inglaterra perfecciona el pajarita, y lo dibuja y lo recorta él mismo, sellándose el modelo de cada invierno con el sello real del Estado, firmándolo y rubricándolo el Rey.

El más importante decreto que firma todas las entradas de invierno el Rey de Inglaterra es lo que se llama «el lanzamiento del cuello de pajarita», asistiendo el Lord Mayor de Londres a la ceremonia. Como Inglaterra es un pueblo tan tradicional, desde que se inventó el cuello de pajarita en Oxford, a principios del siglo XIX, por el célebre lord Roberts, es una facultad del Rey la de promulgar el nuevo cuello oficial de pajarita, y entre las hojas impresas de la *Gaceta del Imperio Británico*, se reparte el patrón del cuello de pajarita recién promulgado. Después, en manos de los cortadores, ese patrón se complica y pierde forma, hasta llegar a España completamente confundido.

A un profano todos los pajaritas le parecerán lo mismo, encontrando que las puntas de la pajarita son dos ventanas que dejan la nuez al descubierto. Sólo a un profano se le ocurre entrar en una tienda y pedir, sin encomendarse a Dios ni al diablo, de un modo vago y genérico: — *Déme un cuello de pajarita.*

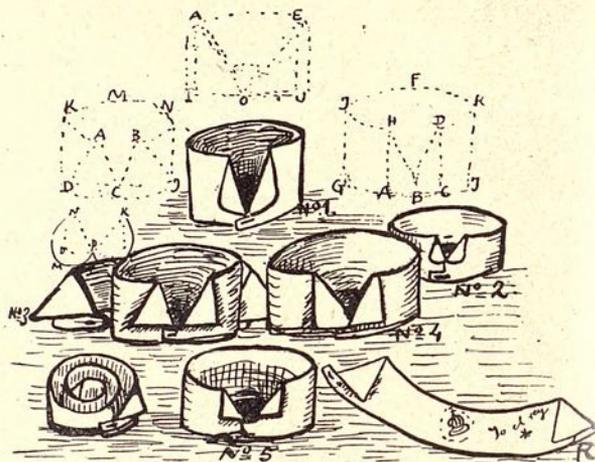
A esos catetos es a los que se les va subiendo la corbata de lazo cuello arriba, cuello arriba, hasta que sobre su nariz y sus orejas queda convertida en unas gafas negras la corbata ascendente.

¡Qué abstracción más tonta esa de «un cuello de pajarita»! «Un cuello de pajarita», dicho así, sin distinción ni nada, es un cuello ridículo, que avejenta, que

encursilece, que no defiende la figura del que lo lleva. El cuello de pajarita elegante no es cualquier cuello de pajarita, sino cierto cuello de pajarita, ése, ése únicamente, entre todos los que saca el camisero por confundiros y porque él mismo no sabe a qué atenerse.



Lord Chamberlain y lord Salisbury usaban los pajaritas más importantes del mundo, y sus cabezas quedaban trazadas en el aire con una altivez admirable, porque la pajarita es lo que enfoca bien los rostros. Oscar Wilde también utilizó los mejores pajaritas, aun-



que un poco desproporcionados si en vez de un escritor excéntrico hubiese sido un miembro de la aristocracia inglesa.

La pajarita es el cuello del político de influencia duradera y del que se levanta a decir la palabra decisiva en una discusión. La pajarita es el cuello del conferenciante, porque le enfrenta con el público, y, al mismo tiempo, le permite bajar la cabeza y mirar sus notas sin esfuerzo y sin guillotinarsse con el cuello de tirilla.

Entre los pajaritas que han llegado a ser un tópico, está el pajarita número 1, que es para novios formales; el número 2, que es para novios chisgarabís; el número 3, que es para los extravagantes de la vida o para los que salen con cabeza de directores de orquesta; el número 4, para los hombres bastante ecuanimes; y el número 5, para bodas.

Hay que tratar con más seriedad el cuello de pajarita, cuya teoría y estética explica en Oxford un catedrático, al que regala sus cuellos usados el mismo Rey, así como a los guardianes de la Torre de Londres les dan de la carne que come el Rey. Ese profesor — de cuyo libro de texto están tomados los pajaritas de puntos que ilustran mi trabajo — traza en el encerado infinidad de figuras que quieren aproximarse al modelo ático, en que las medidas se equilibran y se desequilibran unas a otras, conservando el estilo puro.

Ningún cuello más cumplido que el cuello de pajarita, cuello que es de visita porque tiene las dos puntas dobladas, como se doblan las de las tarjetas de visita cuando realmente se ha estado en casa del amigo.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

Dibujos del escritor.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

«LA SEÑORITA ÁNGELES»

NUESTRO magnífico Muñoz Seca ha estrenado su comedia: la de la inmortalidad. ¿Hablaban ustedes de astrakanes, de descoyuntamientos, de arte inferior?

¡Cuán gravísimo yerro! El Sr. Muñoz Seca tenía su correspondiente onza, y es sabido que «el que tiene una onza, la cambia».

Hétenos, pues, ante el comediógrafo, al que, una vez que ha realizado la operación de trueque de moneda, ya no acertamos a averiguar en qué casillero de la dramática española vamos a inscribirlo. Porque es que el Sr. Muñoz Seca ha urdido una comedia de tales complejidades, que uno, en realidad, no sabe a qué atenerse.

La señorita Angeles es una comedia mixta. En primer lugar, es una obra cívicomilitarreligiosa. Después, resulta que es una producción rebelde, de protesta contra las injusticias de la sociedad. También contiene sátiras contra el ideal comunista y atisbos de estudios psicológicos.

Finalmente — nadie reniega de sus principios —, La señorita Angeles es obra de risa, hasta retorcerse en las butacas.

El lector se preguntará con extrañeza cómo es posible armonizar todo eso para que la gente no deba llamarse a engaño, y lo que es más difícil aún, muestre su regocijo en ovaciones clamorosas, como — de justicia es consignarlo — sucedió la noche del estreno.

Nosotros experimentamos aún el mismo asombro que el lector curioso: las inauditas aventuras de la cortesana en el cortijo, sus esfuerzos en pro de la cultura de los gañanes y mozuclas, la llegada del militar convaleciente, la actuación de Bonafé como sacerdote comprensivo, la llama del amor que abraza a los protagonistas, constituyen una mezcla defonante que sólo el valor heroico del Sr. Muñoz Seca puede manipular sin peligro. Y el ilustre autor no se conforma con salir indemne, sino que saca cuantiosos beneficios de sus pro-

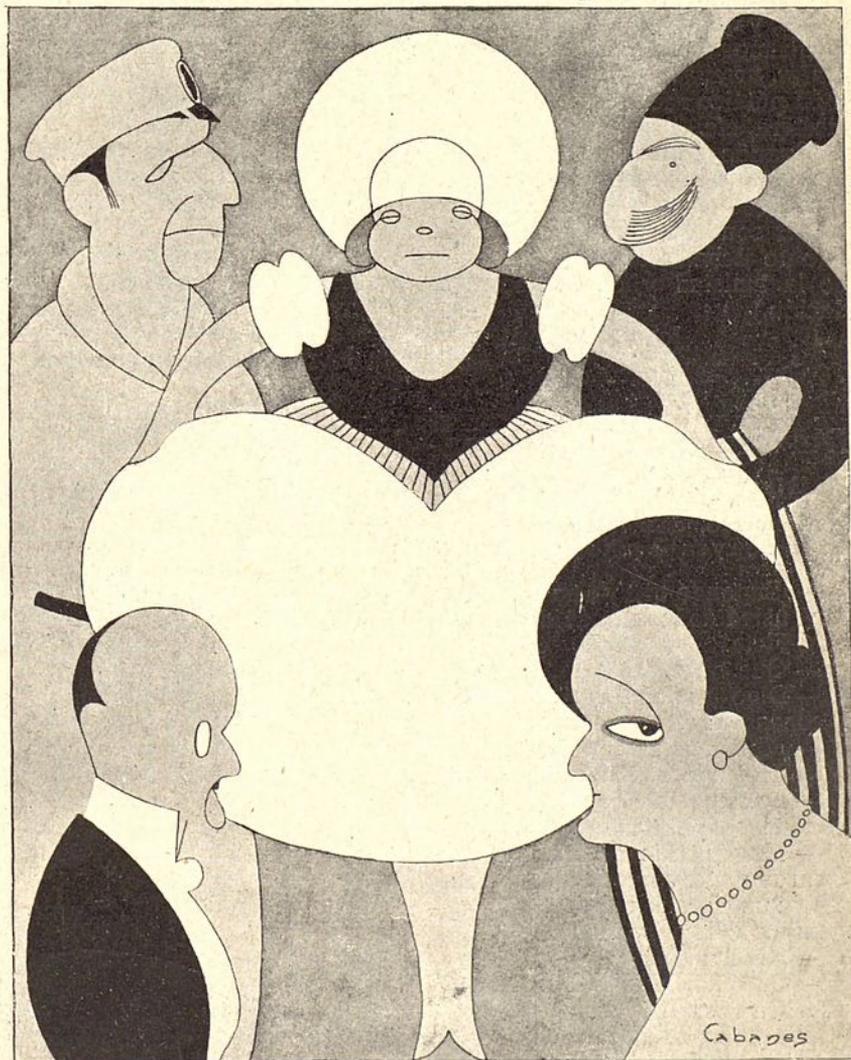
ductos explosivos. ¿No es eso ser un genio? ¿Podemos, en buena ley, censurar al Sr. Muñoz Seca?

Espíritus malévolos han llegado a encontrar en La señorita Angeles referencias acentuadas a la novela de José María Carretero La sin ventura; pero nosotros no podemos estar conformes con ese dislate.

La novela de El Caballero Audaz no tiene nada que ver con la historia de la palomita volandera del señor Muñoz Seca. De Ambarina a la Sultanita hay la misma diferencia que de Carretero a Muñoz Seca. Del libro del periodista puede decir-

se que es el episodio final de una vida atormentada, con una trama novelesca y apasionante; de La señorita Angeles había que decir muchas cosas más que preferimos callarlas, para no ponernos en un plan tan serio como la comedia del Sr. Muñoz Seca, y para no contradecirnos de lo que al principio afirmábamos.

Quedamos, pues, en que La señorita Angeles es una gran comedia: tan gran comedia, que no tenemos la esperanza de que el Sr. Muñoz Seca vuelva a escribir otra igual en su vida.



Señorita Romo, Sra. Lahera y Sres. Murcia, Ruiz y Viñas, del teatro Apolo, en La holandésita.

Lo cual es una enorme desdicha para el arte dramático español.

CUESTIÓN DE SIMPATÍA

En el simpático teatro Infanta Isabel se ha estrenado un simpático juguete cómico, original del no menos simpático *Melitón González*.

La obra se llama *El simpático García*.

No hemos de decir, por tanto, que el estreno fué un éxito.

Un éxito... de simpatía.

EN APOLO

La nueva compañía de Apolo, en la que figuran Dionisia Láhera y Anselmo Fernández, y que dirige el Sr. Bangués, debutó con una opereta nueva que se llama *La holandesa*, y que es una de esas obras que hemos dado en calificar de *cordiales, amenas y discretas...*

El público recibió con agrado..., etcétera, etc.

(Cuando lean ustedes gacetillas parecidas a la presente, desconfíen. Las obras *amenas, cordiales y discretas* son todas esas en las que uno no debe meterse, por aquello de la amistad y de la recomendación.)

JOSÉ L. MAYRAL.



Del Real a la Latina, pasando por Fuencarral.

(Chismorreos, chirigoteo, algo de información y su poquito de gualicheo.)

— ¿Supongo que ya no se lamentará usted de la falta de *divos*? Ahí está Fleta.

— Que pase.

— Digo que ahí está, triunfante y consagrado.

— ¿Quién es sagrado?

— ¡Hoy viene usted imposible!...

— Lo imposible es encontrar localidades en el Real. ¡Qué éxito!

— Muy justificado. Fleta es tan gran cantante como chico modesto. Ya ve usted, sus íntimos de la Argentina le llaman Cuchu.

— ¿Cuchu Fleta?

— Sí, señor. Y no se enfada nunca. Cantando, es el amo.

— ¿Sabe usted lo que ha hecho con *Carmen*?

— ¿Le ha puesto piso?

— No, señor. Quiero decirle

que si sabe usted lo que ha hecho en la ópera *Carmen*.

— El Don José.

— ¡El Don Narices!...

— Ese papel es nuevo.

— El que no va a llegar a viejo es usted, como se entregue al gualicheo.

— Reanude y omita el horóscopo.

— Pues en *Carmen* ha dado el do de pecho y tres *sies* naturales...

— ¿Tres naturales y uno de pecho? Lo hace en Tetuán, y se le comen.

— Pues vamos a otra cosa.

— Venga.

— Espere usted que repase mis notas... «Santa Coloma..., bravo..., noble..., tablas..., ovacionado.»

— Vamos, sí. Un toro de bandera.

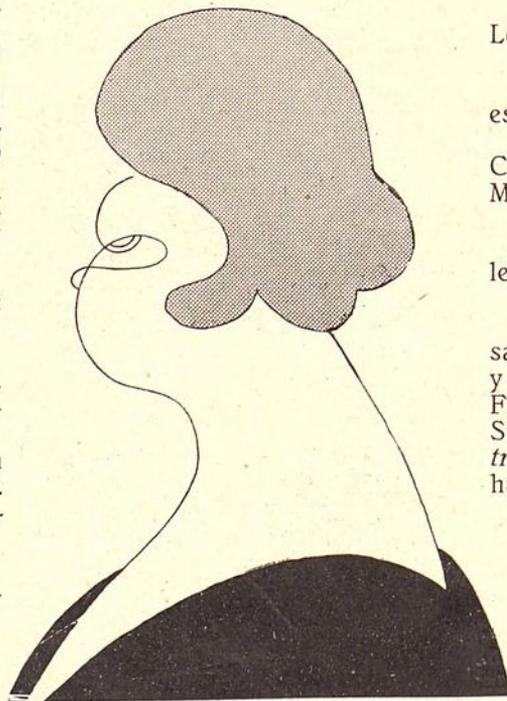
— ¡Qué toro ni qué carámbanos! Estas notas, bien traducidas, quieren decir que ha debutado en Apolo el tenor Santos Santa Coloma, de noble abolengo, que escuchó muchos bravos y que hará una gran carrera en las tablas.

— ¡Ah! Muy bien.

Y tan bien. ¡Como que aspira a ser *gente* en el Real!

— Todos los Santa Colomas son muy codiciosos.

— A propósito de codiciosos. Los empresarios de Fuencarral han ganado nueve mil duros durante la actuación de Miguel Muñoz, que acaba de celebrar su beneficio.



María Gámez, primera actriz del teatro Español.

Dibujos de Cabanes.

— Una usted nuestros plácemes a los muchos que habrá recibido el ilustre y simpático actor, y adviértale que los bachilleres, en el siglo XVI, no llevaban reloj de pulsera.

— Y eso, ¿para qué?

— Para que se lo diga al actor que desempeñó ese papel en *Don Alvaro*.

— ¡Querría dar la *hora*!...

— Pues es muy posible que le cueste los *cuartos*...

— ¿Hay más?

— Sí, señor, hay más. Hay que D. Eduardo Yáñez tuvo en su poder *Almas brujas*, de Linares Rivas, y no la estrenó.

— ¿Por...?

— Vista aquilina que tiene el aludido senador. Y si lo duda usted, vea el resultado del estreno.

— ¿Fracaso?...

— ¡Hombre, tanto como fracaso!... A otra cosa. *El as de los novelistas* se lo han fallado en el Español a Torres y Asenjo.

— ¿No ha gustado?

— Se lo han fallado a su favor. Ha sido un éxito de *achanta*, como dirían los *chicos*.

— Más cosas.

— Queda poco. Chicote se ha quedado sin el Cómico.

— ¿Quién se lo ha quitado?

— Losada, el empresario del Rey Alfonso.

— ¡Brava faena les ha hecho a Loreto y a D. Enrique!

— Losada... do un disgusto.

— Y yo le voy a dar a usted un estacazo, que va a ver las estrellas.

— Acabo de ver una. Se llama Carmen Ferrer. Ha debutado en Maravillas.

— ¿Y es estrella?

— La gente dice que sí; pero yo le digo a usted que cometa...

— ¿Cometa?

— Sí; que cometa la heroicidad de sacudirse un *mosco* en la taquilla, y no se arrepentirá. Como cantante, Fleta. Y como mujer guapa, flota. Sí, señor, flota sobre todas las *estrellas*. Es una cosa definitiva. Y hasta luego, que voy al teatro.

— Ya lo sé. Va usted a Apolo, a ver *Eva*.

— ¡Caray! Y ¿cómo lo ha adivinado usted?

— ¡Porque va usted hecho un Adán!...

EL LORO DEL RIN



Andanzas de Ulises Redingot

por José María Quiroga Pla y Pedro Caravia Hevia.

PRIMER PREMIO DE NUESTRO CONCURSO DE NOVELAS HUMORÍSTICAS

Ilustraciones de Antonio Barbero.

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN

«I want a hero...»
(BYRON, *Don Juan*.)

Hemos recogido los datos necesarios para esta narración, que es rigurosamente histórica, en el archivo del viejo palacio de la familia Redingot (Ibiza), cuyo jefe actual, el celebrado pintor y arqueólogo Ulises Redingot, de quien todos habréis oído hablar, nos hizo un cordial recibimiento, propio de su característica complacencia.

Si el ilustre impresionista ebusitano hubiera podido sospechar que era su propia historia el objeto de nuestras investigaciones — no cabe dudarle de su modestia —, habría denegado su consentimiento. Pero como, al parecer, no era otro nuestro propósito que hacer un detenido estudio sobre unos documentos del tiempo del *Rey En Jaume*, pudimos experimentar complidamente que no pecaban por exceso los ponderadores de su hospitalidad.

Gracias al orden que preside en el archivo la colocación de los documentos, hallamos prontamente lo que nos interesaba, y fué ello un voluminoso legajo continente de las *Memorias* de Ulises, que él dió por terminadas en la fecha de su matrimonio, algún diario de viaje, y una numerosa correspondencia.

Ulises Redingot es joven todavía, pues ha cumplido recientemente los cuarenta años. Está casado, y bien casado, en nuestro sentir, con una dama extranjera que a gran belleza une vastísima cultura, disimulada a perfección. Habla el dialecto ibicenco con delicado acento británico, y cuenta a sus hijos en las noches de invierno, y a veces en las de verano, las proezas del ilustre Ulises, siendo de esperar que tan saludable ejemplo estimule a los diez muchachos a una vida de laboriosidad.



Las hazañas de la juventud de Ulises son perfectamente desconocidas en España — la Historia suele ser injusta —, a pesar de sus descubrimientos, que no serán echados en olvido por las generaciones futuras, pues dieron origen a importantes revoluciones en los procedimientos científicos. Hoy se le venera por sus cuadros principalmente, lo cual no es obstáculo para que ciertos críticos hayan apuntado al unísono la malintencionada observación de que es un pintor detestable. No es menester detenerse para refutar esta opinión gratuita; hagamos presente, empero, a tan biliosos censores que Ulises Redingot ha sido recientemente nombrado académico de número de la de Bellas Artes.

En cuanto a sus trabajos arqueológicos, debemos declarar, aunque nos pese, que hay quien se ha atrevido a afirmar que no tienen ninguna importancia, agregando — son palabras textuales —, «que en sus famosas excavaciones de Ibiza no ha sido encontrado ni un vulgar

utensilio de barro». Esta afirmación nos hace sonreír; porque, aunque así fuera, no puede afirmarse que carezca de mérito el hacer una buena falsificación. El palacio del pretor romano es verdaderamente maravilloso, y otro tanto pudiéramos decir de las numerosas hachas de piedra que ha vendido a muy buen precio, y, palabra de honor, ningún honrado arqueólogo profesional ha logrado hacer falsificaciones con tan singular maestría.

No nos es permitido pasar por alto tampoco, por ser cosa que atañe a la honorabilidad de nuestro héroe, una especie que se ha convertido en tópico en las tertulias literarias, según la cual, Ulises Redingot tiene la mala costumbre de mentir descaradamente. Pura calumnia: descaradamente no ha mentido jamás. Todo lo que cuenta de sí, por muy extraordinario que sea, es auténtico, y nosotros estamos prestos a certificarlo como tal. La maledicencia se ha cebado cruelmente, como veis, en éste como en todos aquellos varones que en el transcurso de los siglos lograron descolarse sobre sus contemporáneos.



Y para terminar. ¡Aprended de él, jóvenes! Sus prodigiosas aventuras son ricas en enseñanzas, y demuestran cómo la modestia, unida a la firme resolución y al indiscutible talento, cooperan con la buena fortuna en la formación de esos seres excepcionales que denominamos Grandes Hombres. Entre ellos, y quizás a la cabeza de todos, figurará en la Historia de la Humanidad Ulises Redingot; y si no, ¡al tiempo!

Enero-marzo de 1920.

PRÓLOGO DE LA SEGUNDA EDICIÓN

Con motivo del favorable éxito obtenido por la primera edición de la presente obra, hemos recibido multitud de cartas en que se nos incita a escribir una biografía completa de Ulises Redingot. No siéndonos posible realizar por ahora este nuestro mayor deseo, y queriendo de algún modo dar una breve idea de los trabajos del insigne ibicenco, publicamos a continuación un extracto de la noticia insertada en *L'Echo de Paris* (1909):

"Monsieur Redingot, terminados sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras — Universidad Central —, obtuvo (año de 1899) una pensión para ampliar sus estudios en el extranjero. Retirada esta pensión repentinamente, M. Redingot se vió reducido a una triste situación, compartida en París con el irlandés Mr. Mac Ferland, con quien todavía le une estrecha amistad. Fué su salvación entonces el célebre naturalista sueco Trondhem, que de paso para la India le aceptó como su secretario. Desde esta época le vemos:

„1901-1903: en la India, con monsieur Trondhem.

„1903: viajando por la Indochina, a las órdenes del rajá de Kafiristán.

„1904: cazando tigres en Bengala, con el coronel Stevenson. Más adelante, en el mismo año, pastorea carabaos en las islas Filipinas.

„1905-1907: ejerciendo, sucesivamente, diversas profesiones en América.

„1908: en París, en Compiègne, en Madrid. Salida para el Tíbet...„

Hasta aquí el gran diario parisiense. Ahora, por nuestra parte, nos permitimos un ademán de extrañeza: ¿Por qué no se levanta un monumento a Ulises Redingot? Y ¿quién más a propósito para realizar este proyecto que la culta y poderosa Cámara de Comercio ibicenca? Confiados en su diligencia le brindamos nuestra iniciativa.

Abril de 1920.

ADVERTENCIA DE LA PRESENTE EDICIÓN

Hemos de congratularnos sinceramente del resultado obtenido por nuestra iniciativa, pues gracias a ella y a la entusiástica actividad de

la Cámara de Comercio ebusitana, disfruta hoy nuestro héroe del respeto de propios y extraños, gozando en vida — y séale ésta duradera — de una gloria a pocos otorgada: la de ver elevada su propia estatua sobre un pedestal en su muy amada patria, Ibiza, a orillas del mar Mediterráneo — mar de bolsillo —, único inspirador de sus más geniales audacias.

INTRODUCCIÓN

«No veíamos lo que había en ti...»

(G. FRESSEN, *Jörn Uhl.*)

Gran personaje venía, sin duda, aquella mañana en el expreso de Irún, porque los andenes de la estación del Norte estaban abarrotados de gente.

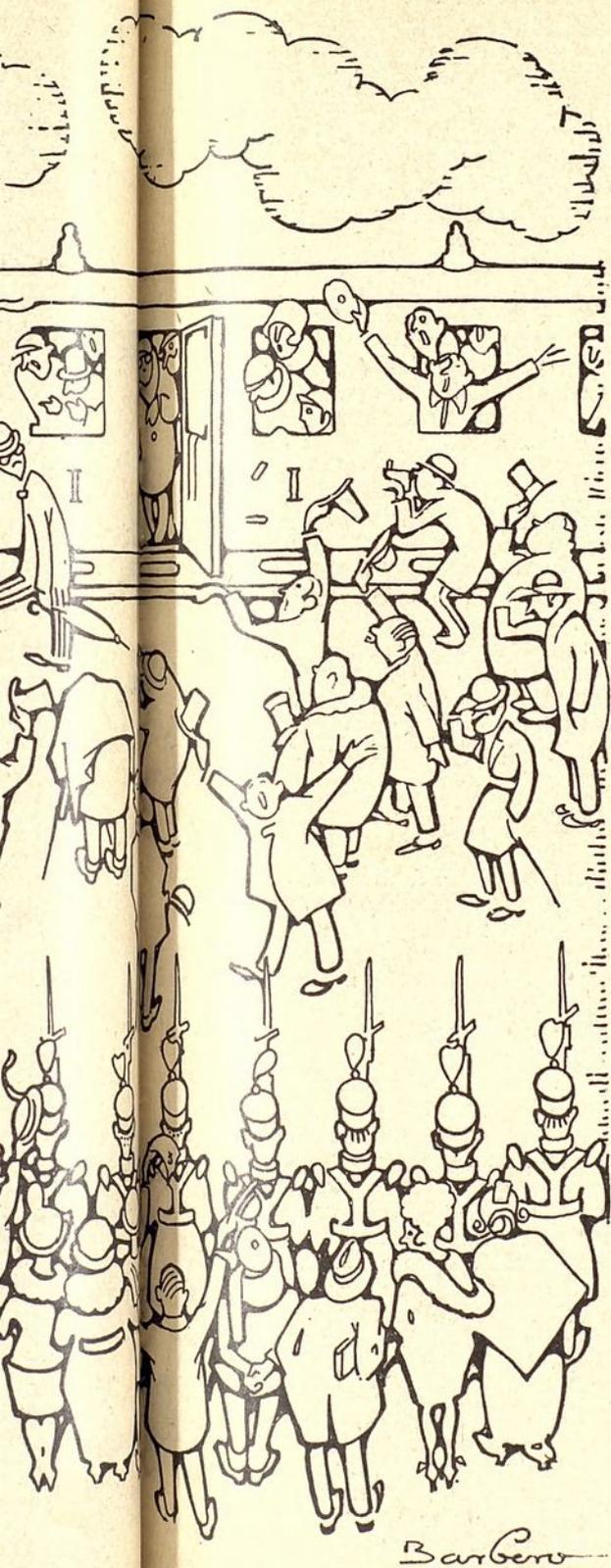
En esas frías y neblinosas mañanas de diciembre, son pocas las personas que se deciden a abandonar el lecho y lanzarse a la calle antes de las diez, como no tengan una verdadera necesidad. Sin embargo, por las calles que desembocan en la plaza de España, llegaban entonces apresurados grupos, que, uniéndose, formaban, al bajar por la cuesta de San Vicente, una multitud compacta y heterogénea.

Sables en mano, alineados ante las puertas de la estación, en una actitud prohibitoria, decisiva y heroica, varias docenas de guardias de Seguridad trataban de impedir el acceso a los andenes, harto invadidos ya. Pero la obstinación de las masas no reconoce obstáculos, y al tercer impulso colectivo, que recorrió — ¡heep! — como una ola de movimiento desde la última a la primera fila, los vigilantes, maltrechos, se vieron obligados a hacerse a un lado, y cerca de dos mil personas se precipitaron como una avalancha sobre los primeros ocupantes. Hecho está a estas andanzas el público madrileño, y las aperturas no suelen cogerle de sorpresa. Así que, al cabo de unos instantes, de maravillosa manera, no hubo un solo intruso que no disfrutase de una posición que a él, al menos, le pareciese satisfactoria. Además, aunque así no fuera, habría merecido la pena de arriesgarse a una posible incomodidad con tal de asistir a tan brillante espectáculo.

Una compañía de soldados vestidos de gala se extendía a lo largo



... en la seguridad de que se dirigía a



seguridad de que dirigía a él aquel homenaje...

del andén. En el espacio que en funciones de barrera viviente mantenían despejado, paseaban sus vientres proceros los más precarios de entre los padres y abuelos de la patria.

En medio del ir y venir de las levitas, vistosos uniformes y oscuros manteos, preparaban los reporteros fotográficos sus máquinas sobre los trípodes, asestados como ametralladoras hacia la vía, hacia el murallón de frente al andén, hacia el cielo gris, libre y helado fuera de la marquesina, lleno de los pitidos y el humo lejanos de los trenes en maniobras.

Igual que a un blanco gigantesco, la atención general apuntaba también a la vía, y al muro, y al cielo invernal con hilos de humo sucio y estridencias de silbatos. Las miradas iban del reloj oficial a los cronómetros de bolsillo, en una ininterrumpida y minuciosa verificación de cada minuto, de cada instante. Inconsciente, unánime, todos sentían el mismo deseo de que — en el gran disco que desde el montante de la marquesina preside la entrada y salida de los trenes — las agujas adelantasen su movimiento de rotación.

De pronto, lejano, venciendo los demás ruidos que el viento glacial traía de lejos, se oyó el poderoso mujido de la máquina. El tren pedía entrada.

Hubo un aceleramiento, un tráfagar de todos por colocarse en su puesto definitivo. La hilera de soldados cobró una rigidez de ordenanza. Los aparatos fotográficos tuvieron como nunca en sus trípodes aspecto de ametralladoras. Levitas, uniformes y manteos, formaron apretado grupo en que cada cual compuso su gesto más risueño. Otro mujido más próximo. El tren entraba en agujas. La multitud, de puntillas, estiró el cuello con ansiedad. Estaba inmóvil, esperando, y sólo tuvo un estremecimiento cuando, fuerte, impávido, con un choque de topes que se repetía, debilitándose, desde el tender hasta el último coche, se detuvo el tren bajo la marquesina.

Una aclamación delirante brotó de todos los ámbitos de la estación cuando, abriendo violentamente la portezuela de un departamento, apareció en el marco — un paraguas familiar al brazo y en la mano un paquete de cuellos postizos — la al-

tiva y jovial figura del héroe máximo, fecundo en recursos, Ulises Redingot.

Hombre modesto, en la seguridad de que no se dirigía a él aquel homenaje, Ulises descendió del coche sin tocar apenas el estribo, y se perdió entre la multitud.

Indudablemente, el personaje aclamado, quienquiera que fuese, no era ni con mucho tan acreedor a los honores del triunfo como este sencillo héroe mediterráneo cuyas hazañas vamos a exponer a vuestra consideración.

CAPÍTULO PRIMERO

«De vez en cuando, Dios hace que nazcan hombres — y tú eres uno de ellos — que sienten una profunda pasión por las acciones en que se expone la vida a cambio de averiguar cosas.»

(RUDYARD KIPLING, *Kim*.)

Bajo la livida luz eléctrica, la cama de hierro, la colcha de rameado percal, el palanganero inestable, la mesa más inestable aún, denuncian, en la reducida habitación, la casa de huéspedes modesta.

Sentado a los pies de la cama, Ulises Redingot. Ante él, a horcadas en una silla, Alcides Mac Ferland. Ulises Redingot es un hombre joven, de unos ventiocho años: alto, ancho de espaldas, cabeza rizosa, mandíbulas fuertes, boca de cetáceo, y ojos grises tras unas gafas de concha.

El irlandés Mac Ferland es un atleta del circo de Parish, lo que nos releva de hacer su retrato.

ALCIDES (*encogiéndose de hombros*). — No es que yo pensase en tí para esto. Hace un mes, cuando los periódicos comentaron el descubrimiento de unas termas ferruginosas en Compiègne, hecho por tí, yo no tenía la menor noticia de la Sociedad Gnóstica. En cambio, te recordaba a tí como nunca. Desde que saliste huyendo de Méjico, no había vuelto a tener noticias tuyas...

ULISES (*modestamente*). — ¡Oh!, no valía la pena... Fué un año que pasé en Chicago como cicerone del Museo, primero, y después, como viajante de una fábrica de embutidos. Más tarde fué cuando me embarqué para Europa. En París...

CAPÍTULO II

«Aux armes, citoyens! Formez vos bataillons!...»
(La Marsellesa.)

ALCIDES (*reencendiendo su pipa*). Sí; ya decías, al contestar a mi carta... Por cierto que sólo con leer los periódicos me lo imaginé: ¿Unas termas ferruginosas descubiertas por Ulises? ¡Ese ha elevado el precio del hierro viejo en París!...

ULISES. — Alcides, tú no conoces la hidrología...

ALCIDES. — Pero te conozco a ti.

ULISES (*haciendo caso omiso de la interrupción*). — El dictamen facultativo auguró un franco éxito a mis aguas termales ferruginosas. La verdad es que la instalación de las calderas subterráneas era, modestia aparte, algo único...

ALCIDES. — Pues, volviendo al cuento. Con la alegría de tener nuevamente noticias tuyas, hablando con un amigo que trabaja también en el Circo, me puse a recordar los buenos tiempos de nuestra amistad en París...

ULISES. — Tú me hablabas de un clown...

ALCIDES. — Tom Mariné, el mismo. Es un hombre que tiene la manía de sobrevivirse: la tuvo toda su vida. Le dió primero por la reproducción, y se casó con una barrista compatriota mía, que llegó a tener un empacho de Tom Mariné y se escapó con un excéntrico musical. Tom Mariné, entonces, desengañado de las uniones lícitas, se dedicó, atraído por las teorías de la reencarnación, al ocultismo y, al mismo tiempo, a *la Cloti*, una supertanguista del kursaal de María Salomé.

ULISES (*con un ademán comprensivo*). — Sí; como es natural que al abandonarle su mujer no pueda tener ya un hijo legítimo, es legítimo que quiera tener un hijo natural.

ALCIDES. — Eso es lo que él piensa... Bueno, pues al hablarle yo de ti, de tu estancia en el Norte de la India, sacó de su cartera un recorte de periódico. Este (*leyendo*): "500.000 pesetas se entregarán a explorador versado en lenguas y costumbres del Asia oriental, que se encarge de misión peligrosa en aras de la Ciencia. Dirigirse para presentación de comprobantes a S. G. H.-A., apartado de Correos número 7.777, Madrid.", "¿No cree usted — me dijo Tom — que su amigo podría servirnos para el caso?," A mí me pareció admirable la idea.

ULISES. — Y a mí me lo está pareciendo ahora. Pero, en definitiva, ¿me quieres decir de qué se trata?

ALCIDES. — Vayamos por partes. Tom Mariné pertenece a la Sociedad Gnóstica Hispano-Americana, que es la que ha hecho insertar este anuncio. Al doctor Protesilao López, presidente de la Sociedad, se le metió en la cabeza que para que su religión consiga el fin que se propone, que es nada menos que regenerar a la Humanidad devolviéndola ciertas facultades excepcionales que ha perdido según él, se necesita recuperar el secreto de esas facultades de los únicos que actualmente las poseen, y éstos son los lamas de un monasterio del Tibet. La empresa debe de ser arriesgada; pero siempre se tratará de medio millón que tú puedes y debes ganar. Para eso te llamé, echando al correo una carta casi a la ventura. Mi gestión no puede ser, como ves, más desinteresada en este asunto. Te escribo. Tú llegas, aceptas o no — eso tú verás esta noche —, y de una forma u otra, yo voy a despedirte a la estación: bien que de aquí salgas con rumbo al Tibet, o bien de regreso a tus termas ferruginosas.

ULISES (*tendiéndole la mano*). — Gracias, Alcides. Eres un buen amigo. La proposición de esa Sociedad es realmente tentadora. Iré al Tibet. Si, como espero, la suerte me acompaña en mi expedición, Ulises Redingot, a la vuelta, como siempre, sabrá acordarse de los amigos... Pero no aprietes tanto. Me has dejado los dedos de la mano entumecidos. Eres un hombre efusivo; pero también un poco bruto.

(*Llaman con los nudillos en la puerta. La voz de la criada desde el pasillo.*) — ¡Don Alcides, que cuando quiera puede usted ir a cenar!

ALCIDES (*poniéndose en pie, a Ulises*). — Yo ceno antes que los demás huéspedes: el circo... Te dejo. Cuando hayas cenado, vas a esperarnos al kursaal, en la calle de María Salomé. Tom Mariné y yo, a la salida del circo, iremos a recogeros, a ti y a *la Cloti*, a eso de las doce. Es la hora más a propósito para ir a la Sociedad. Además, que el presidente da hoy otra conferencia. Hasta luego.

(*Sale. Ulises, cuando se queda solo, saca del bolsillo un lápiz y un cuadernito, en que se pone a escribir con una letra apretada y minúscula.*)

En el kursaal (calle de María Salomé). Una salita cuadrangular, de paredes desconchadas, rodeada de columnas sobre las que se levantan los palcos.

Sillas desvencijadas y mesas de mármol. Ante una de ellas, al lado de la orquesta, Ulises Redingot bosteza beatíficamente.

En uno de los palcos («consumición mínima, tout compris: diez pesetas»), cuatro estudiantes; capital social: diez pesetas cincuenta céntimos.

En el escenario, la Pinitos, artista senescente, sin más ropa que la indispensable, canta con voz aguardentosa el cuplé de «La pistola». Público de chulos y paletos.

LOS ESTUDIANTES QUE SÓLO TIENEN DIEZ CINCUENTA (*a la camarera*). — Cuatro copas de anís del Mono.

LA PINITOS (*que sigue en el escenario aullando el estribillo del cuplé*):

¡Hay que manejar con cuidado la pistola para que no se dispare sola!

UN CHULO (*licenciado del Ejército, y quizás también de presidio*). — ¡Con lo buen tirador que soy yo!

ULISES (*tan paciente como su homónimo el del jovial linaje, extrae de un bolsillo La Odisea, su libro favorito, y lee a media voz el «Canto Nono», en que se trata de la aventura de Ulises Laertiada en la caverna del Cíclope*). — «Toma, Cíclope, bebe vino ya que has comido carne humana...»

(*La camarera vuelve al palco universitario con las cuatro copas de anís del Mono pedidas y dos supertanguistas... no pedidas.*)

LOS ESTUDIANTES QUE SÓLO TIENEN DIEZ CINCUENTA (*con aire feroz*). — ¡No hemos pedido más que cuatro Monos!

(*Una de las supertanguistas, que, al parecer, no comprende las indirectas, se sienta en el grupo; pero al poco rato se convence de que no convidan, y se larga con la música a otra parte. Es la Cloti, esposa morgánatica de Tom Mariné, y está picada de viruelas.*)

(Se continuará.)

CAÑO LIBRE

HEMOS tenido crisis. Y, naturalmente, nos hemos alegrado mucho, porque ya no podíamos aguantar más tiempo a los mismos consejeros de la Corona.

Aquí, en cuanto se pasan seis meses sin que los chicos vocean los periódicos de la noche «con la caída del Ministerio», nos parece que nos falta la respiración y que el mundo se hunde.

Por fortuna, nunca se pasa el semestre completo sin que el cambio se verifique y los hados nos devuelvan la tranquilidad perdida.

Lo malo es que, como las mudanzas ministeriales no obedecen a cuestiones de ideas ni de procedimientos, sino de destinos, en cada combinación surgen unos cuantos ministros nuevos, que devengarán en su día sus correspondientes pensiones.

Ahora han salido dos: el de Gracia y Justicia y el de la Guerra, es decir, tres mil duros más para la carga de las clases pasivas; y como antes de que termine el año habrá habido otro par de crisis, con otro par de novatos cada una, por lo menos, cuenten ustedes con que para 1923 tendrán que pagar diez mil duros más de los que pagaban en principios del corriente.

Pero, en cambio, se habrán ustedes enterado de que había en España media docena de hombres ilustres más de los que creían...

Según informes fidedignos, un billete del tranvía, supongo que el correspondiente a un trayecto, cuesta en San Petersburgo cinco mil rublos justos y cabales.

Para que se asusten ustedes como es debido, háganse cuenta de que tienen que dar doce mil quinientas pesetas por ir desde la Puerta del Sol a la Fuentecilla de la calle de Toledo, y se formarán una idea aproximada de lo que cuesta el tranvía en San Petersburgo.

Ahora que... a mí se me ocurre una duda. Aun suponiendo, y ya es suponer, que cada pasajero pague su billete con cinco de a mil rublos, ¿dónde diablos guarda el cobrador el producto de la recaudación de

cinco o seis viajes? Porque para esa enorme masa de papel no hay bolsillos ni carteras que valgan.

¡Ah! Ya caigo. Seguramente todos los coches llevan remolque, y el motor se destina a los viajeros, y el remolque a los rublos...



Los simpáticos curiales madrileños se han declarado durante un día en huelga de plumas caídas.

¡Un día nada más!

¡Dios mío! Ya que, según parece, tenían razón en la protesta, ¿por

qué no la han prolongado *sine die*? ¡Habrían hecho a sus compatriotas un favor tan grande!...

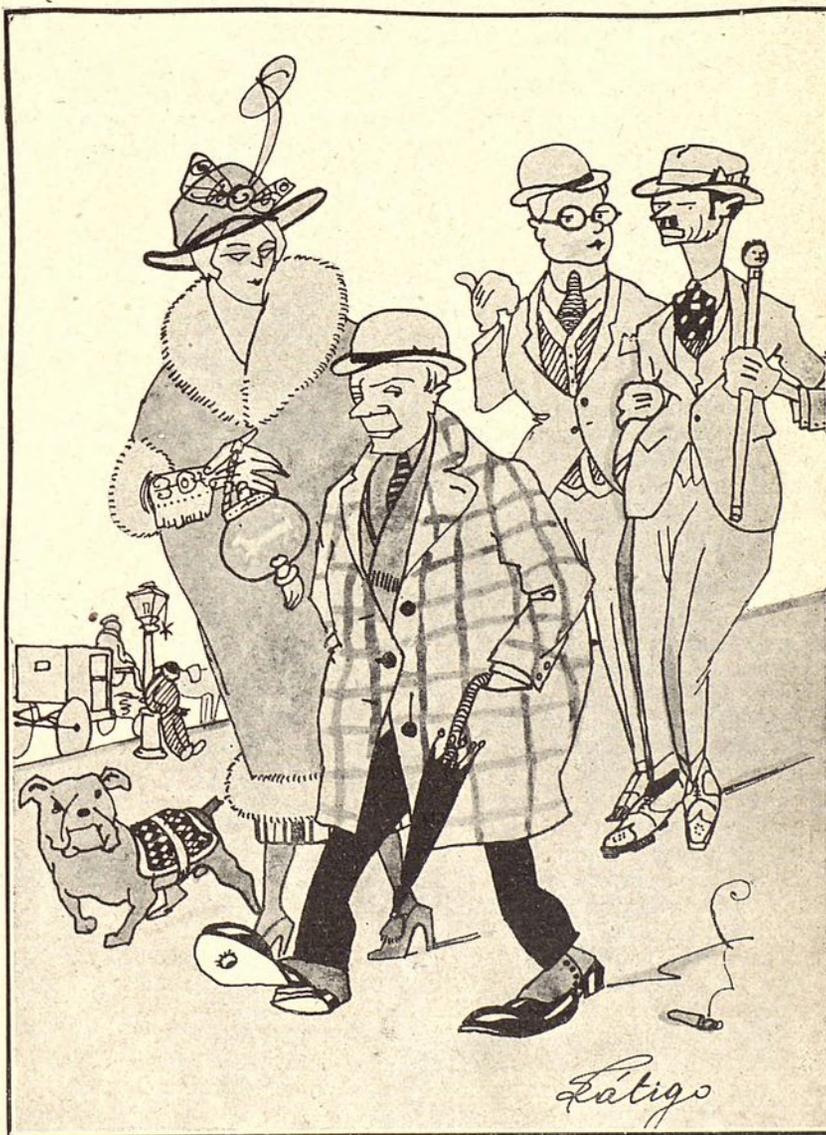
Como que el país ideal sería aquel en que no pudiera haber pleitos por falta de manos que *extendieran* las correspondientes demandas, citaciones, diligencias de embargo, réplicas y dúplicas.



Sábese de cierto que...

Pero lo mejor será copiar la noticia de un periódico serio:

«Las autoridades hacen actual-



Dib. LÁTIGO. — Madrid.

- Mira la de Garríguez con su papá. Se va a casar uno de estos días.
- ¿Sí? ¿Y quién es el feliz mortal?...
- ¡Su papá, que al fin va a verse libre de ella!...

mente detenciones en masa. Los socialistas revolucionarios se proponen organizar una manifestación monstruo en señal de protesta.»

¡Naturalmente! ¡Como que España es un país troglodítico, que constituye la única lamentable excepción en la culta Europa, porque es el único en que dominan las derechas!...

Digo, no, esperen ustedes. La noticia anterior no se refiere a España, sino a Rusia, y las autoridades referidas son las de Moscou, donde no mandan las derechas, sino las izquierdas más izquierdas del mundo, las verdaderas izquierdas, que no son como estas de pipirijaina que andan por aquí pidiendo el Poder... para ayuda de un panecillo.

El Sr. Cambó, en cuanto terminó su actuación ministerial, se fué a Barcelona, donde, como era de esperar, se niega terminantemente a hablar de política.

Hace bien. El ya ha terminado su misión, y para lo poco que queda que hacer, lo de las Notarías catalanas y lo del Banco de Barcelona, ha dejado aquí al Sr. Bertrán y Musitu, que lo despachará en un santiamén y a las mil maravillas.

Con la oposición del señor Sánchez Guerra no hay que contar.

El señor Sánchez Guerra, como el loro del cuento, irá donde le lleven.

Ya se habrá convencido la Empresa del Metropolitano de que en Madrid no debe emprender ni ejecutar ninguna obra grande.

El atrevimiento de substraer esa mina subterránea a la explotación concejil, le tiene que costar muy caro. Porque a los concejales les importan un rábano los intereses del Municipio; lo que les importa son las comisiones, inspecciones, cargos, subvenciones, licencias, multas, pases de libre circulación, etcétera, etc... ¡Toda la lira del chupen!

SINESIO DELGADO.

TITIRIMUNDILLO

— Pues yo a quien envidia es a D. Abilio Calderón.

— ¿Porque es de Palencia?

— No, porque le han hecho ministro del Trabajo. ¡Figúrate qué vida se va a llevar ahora sin hacer nada!

De unas declaraciones políticas: «No puede el ministro desconocer la importancia de lo de Marruecos.»

¡Toma, claro! Como que si la



Dib. MIRET. — Barcelona.

— ¿Te grabaron ya el anillo de boda?

— Sí; pero figúrate que dije: «Pongan De A a Z» (De Antonio a Zenaida), y han grabado todo el abecedario...

desconociera era cosa de dejar de ser ministro antes de la caída de la tarde.

— Eso de la semana inglesa, ¿qué es?

— Pues una semana en la que no te dejan vivir los *ingleses*. O los pagas, o la *diñas* antes del sábado.

«Cincuenta y cuatro casos de tifus, comprobados.»

¿Y cómo los comprobaron?

Pues por los vales que tenían en las manos los acomodadores.

«Ha comenzado en Belgramo la Conferencia Económica.»

¿Económica ha dicho usted? ¡Gracias a Dios que hay algo que no cueste caro!

«El hospital de infecciosos se impone.»

Hombre, lo que se impone es que no haya infecciosos.

Sería más práctico.

— ¿Y su marido, *señá* Damiana?

— Se ha ido por ahí a dar una vuelta. El hombre dice que se aburre de no hacer nada en todo el día.

— Pues ¿qué es?

— Guardia municipal.

Siguen celebrándose Conferencias diplomáticas y seguirán durante mucho tiempo.

¿Es que hay muchas cosas que arreglar?

No; es que son verdaderos momios para bañarse gratis y a costa de las naciones.

Lloyd George se propone discutir.

¿Lo ve usted cómo en todas partes hay Alcalás Zamoras?

«El proyecto ferroviario tiene la ventaja de poseer la aquiescencia de los diversos factores de la Cámara.»

De los factores, bueno; pero ¿de los jefes de estación?

«En Fiume hay orden.» Eso parece un cartel de los que se ponen en los teatros: «Hay orden de que nadie *fiume*.»

Hemos leído que el Ayuntamiento va a tomar sus medidas.

Muy bien. Y en eso de las medidas, ¿por dónde ha empezado? Por el *metro*.

«Emma Gramática vive.» Sí, señor. La Gramática vive. Ahora, que hay muchos que la maltratan.



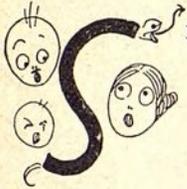
Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

— Señorita, quisiera con el calor de mis palabras descubrir a usted todo el fuego de la ardiente pasión 'en que mi corazón se abrasa...

— ¡Basta, por Dios!... ¡Que va usted a derretir la nieve, y nos quedaremos sin sport!...

HUMORISTAS CONTEMPORÁNEOS

GULBRANSON



no se puede prescindir, al hablar del humorismo alemán, la alusión laudatoria al *Simplicissimus*, por como lo ha resumido y definido con el ejemplario vivaz de sus páginas, no podrá tampoco citarse el título de la revista muniquesa sin que el nombre de Olaff Gulbranson resalte de un modo definidor y representativo.

De aquí podríamos deducir silogísticamente que, siendo *Simplicissimus* la mejor revista humorística de Alemania y Gulbranson el mejor de sus dibujantes, Gulbranson era el primer humorista alemán.

Por de pronto, es uno de los primeros, además de ser uno de los más populares dentro y fuera de su patria. De los más aprovechables también para muchos humoristas contemporáneos.

Sin Olaff Gulbranson no existirían bastantes caricaturistas simplificados, impresionistas de la línea, esquematizadores de la forma, que eliminan los rasgos inútiles o innecesarios y emplean solamente los indispensables para obtener el parecido grotesco o decir gráficamente un epigrama.

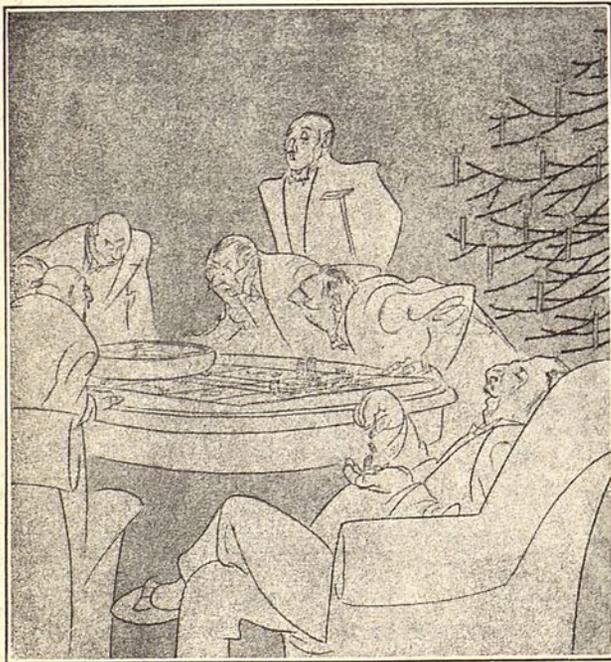
Olaff Gulbranson halla el punto de partida de su trayectoria técnica en los japoneses. Es el mismo concepto sobrio, sencillo y elocuente de la línea; la simplicidad armoniosa, el sentido rítmico de la composición. De este modo, la idea, el pensamiento, conservan

una claridad y una diafanidad siempre latente, siempre concisa y concreta.

Otros dibujantes alemanes no alcanzan esa concisión; otros la sobrepasan de un modo que se hace laberíntico o hermético. Acaso el propio Olaff Gulbranson, en su más reciente manera, ablande la rigidez segura de su trazo en muelles cadencias lineales o en serpentinadas deformaciones de una sabia maestría.

Pero la personalidad de Gulbranson está precisamente en la factura escueta y el escueto idioma, en la parquedad de líneas y la síntesis inicial de la idea.

Al mismo tiempo, no es un sectario, un sistemático detractor de teorías ajenas a su ruta. Le hemos seguido, ecléctico, ecuánime, sin apasionamientos que desvirtuaran la violencia eficaz del ataque. Claro es que se encuentra situado en la verdadera posición del humorista: frente a todo lo que significa panurgismo conservador, tiranía egolátrica, burguesía egoísta y reaccionaria. Claro es, igualmente, que sufrió la transitoria ofuscación intelectual de sus compatriotas y compañeros de arte durante la guerra europea. Vimos al anticlerical, al antimilitarista, al antiimperialista, al antimisócrata Gulbranson, extraviado, empequeñecido, desorientado por temas ajenos a su sensibilidad. Pero terminada la guerra, salvo alusiones francófogas — que, por otra parte, no son nuevas en la historia artística de Gulbranson —, el humorista alemán recobra su independencia espiritual, y los trazos firmes, enérgicos, las síntesis lineales del maestro rescatan su acento cáustico.



— Ganar cien mil marcos a la luz del árbol de Noël es un hermoso poema de Navidad.

En Gulbranson hay tres aspectos, colmados de excelencias por igual: el caricaturista personalista, el historietista, el costumbrista.

Se mueve dentro de cada una de esas tres clasificaciones, desahogado y jocundo, desplazando en torno suyo, en la gracia plural de sus dibujos, esa misma sensación de holgura alegre, de regocijo amplio.

En Gulbranson, la emoción cruel, áspera, la crispatura colérica de los temperamentos generosos frente a las injusticias sociales, no suele surgir en seguida. Atrae y cautiva por la comicidad jugosa, por el influjo hilarante de las figuras y de los motivos.

¿No es ésta, acaso, la más cabal, la más canónica — en el sentido clásico — significación del humorista puro?

Como caricaturista personal está contenido íntegro Olaff Gulbranson en varios álbumes donde seleccionó sus *charges* más famosas. Especialmente en *Beruhmte Zeitgenossen* y en *Der Derlagsautoren* (este último en colaboración con Teodoro Heine).

Encontramos en estos álbumes el acierto fisonómico, la precisión con que sujeta los rasgos constitutivos de las facies humanas, logrando esa exactitud de parecido que hace de él el mejor y más implacable retratista humorístico de Alemania. En *Der Derlagsautoren* no hace falta decir que vence a Heine en la agudeza inquisitiva y en la estilización lineal de las caricaturas. Bajo el lápiz de Gulbranson, no solamente

las aptitudes, los gestos, los ademanes habituales; sino el espíritu, el carácter de las grandes figuras del mundo literario han quedado eternizados de un modo inolvidable, con una buida intención que *ve al personaje como ya no habrá más remedio que verle siempre todos los demás*. Recordemos su Guillermo II, su Isadora Duncan, su Enrique Ibsen, su Gabriel D'Annunzio.

Esta costumbre de *ver el natural* le sirve después para componer sus tipos representativos, sus escenas imaginarias, sus historietas ejemplares.

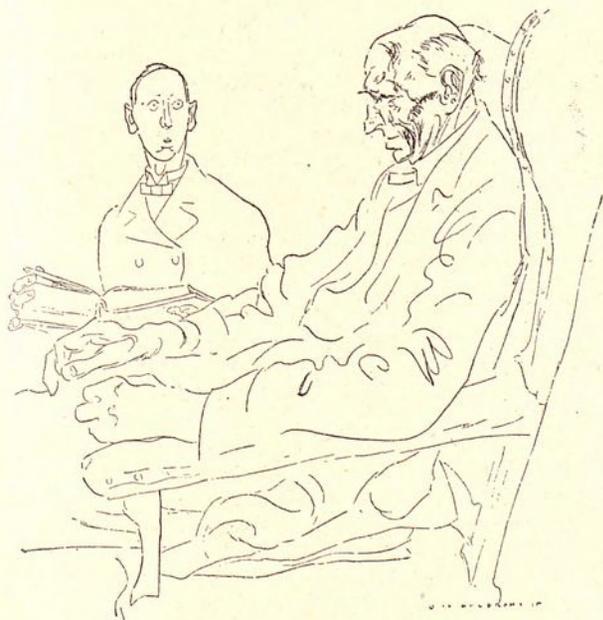
La historieta es un género caricaturesco esencialmente alemán. No se puede olvidar que el maestro del género fué un germano: William Busch.

En la caricatura moderna, muerto *Caran D'Ache* — más tosco, menos espiritual —, nadie podrá disputar la primacía de la historieta a Olaff Gulbranson.

Tiene tal fuerza de expresión, tal claridad distributiva de los momentos sucesivos de la acción, que no exige el más pequeño epígrafe. La historieta muda en toda su integridad elocuente.

Citemos dos, evocadas al azar entre la serie larga que recordamos de él.

Un orondo burgués va paseando tranquilamente por el campo. Se le nota satisfecho de sí mismo, en la hora plácida de la digestión, convencido de su importancia feliz en el mundillo grotesco y parodista de la clase media. De pronto, le atropella un automóvil, le destroza el cuerpo y le liberta el alma. Su alma mediocre de mesócrata, que aun conserva más allá de la vida la ridícula apariencia burguesa. Vuela por el aire camino del cielo... Pero antes de llegar a la mansión de los que llaman justos, un aeroplano le atropella y le parte el alma.



*Cuando el conde sentía próximo su fin, se hacía leer todas las noches una página de la Biblia.
— ¿Crees esto? — preguntaba después.
— No, señor conde.
— Entonces, arranca la hoja, hijo mío.*



— Si quiere usted introducirse en la buena sociedad de Berlín, tiene que encontrar cada semana un chiste nuevo acerca de la señora Ebert.

En otra historieta — que por cierto ha sido aprovechada por muchos dibujantes después de Gulbranson —, un profesor de Moral muy miope ha visto un tendedero de ropa femenina. El viento infla las prendas y les da cierta apariencia de formas de mujer. Cree el profesor que se trata de alguna desvergonzada que se columpia al aire libre y en pantalones. Coge unas varas y golpea el pantalón inflado. Pero el viento le hace la jugarreta de empujar contra él al pantalón, y he aquí, en la última viñeta, al pobre profesor, hundidas sus gafas en la abertura del pantalón.

¿Verdad que detrás de la gracia desopilante de los asuntos hay motivo para sendas disertaciones filosóficas? Es la cualidad esencialmente germánica, aunque, según hemos dicho antes, se disimule, se retraiga a segundo término en la obra regocijada de Olaff Gulbranson.



Gulbranson ahora, después de la guerra, afianzado en la madurez de su vida y de su estilo, conserva el mismo entusiasmo, la inquietud fecunda que desde sus primeros dibujos le acuciaba con un ansia de perfeccionamiento y depuración.

Domina su arte como pocos, y ello le hace buscar virtuosismos de línea que mantengan intacto el interés ajeno hacia él.

Así el Gulbranson de hoy, sin rectificar al de ayer, sin perder su agudeza psicológica y su claridad técnica, es ondulante en vez de rígido, blando en lugar de áspero; pero está lleno de todas las excelencias técnicas que hicieron de él una de las más admirables figuras del humorismo contemporáneo.

JOSÉ FRANCÉS.

EN LOS DOS CARRILLOS



Dib. BEBERIDE. — Madrid.

— ¡Miserable!... ¡Ha mancillado usted mi honor!... ¡Retírese de mi presencia!...

Es un día de marzo. Las cuatro de la tarde en el reloj del Banco, y las cuatro y cuarto en el de Gobernación. El Sol ha dado una bofetada a la calle de Alcalá, y la ha llenado de luz.

Pasa un rorro en un cochecito; detrás, el ama, restaurante del nene, que es la que empuja el coche; al lado un soldado, y más allá otro, preparando el relevo.

Ahora, una *miss* larga y huesuda, con un libro; y otra *miss* y otro libro, y otra *miss* y otro libro; y luego, una modistilla que lleva sobre los hombros la piel de un gato. Una chicuela chatinga y zafia trae colgada del brazo una caja en cuya tapa hay un letrero: «Modes. Enriqueta.»

La chica ha soltado la caja y se ha puesto a mirar al vendedor de una droga milagrosa para el pelo. Grita el vendedor, y abre la boca la muchacha. Una señorita se arrima al grupo. La señorita trae amarrado a una cadenita a su *lulú*. El *lulú* se separa de la señorita y se acerca a la caja. La huele aquí, vuelve a olerla allí, da unos brincos, y la huele en el otro lado. Ahora..., ahora levanta la patita, y ya no se pueden leer en la caja más que cinco letras: «Modes.»

Dos señoras se ven, y se van una hacia otra con los brazos levantados:

— ¡Adiós, Paquita!

— ¡Adiós, Margot!

Paquita besa a Margot, y Margot besa a Paquita. Y vuelven a besarse otra vez.

— ¡Qué guapa está tu nena!

— Pues ahora está un poco malucha — arguye Paquita.

— ¿Adónde vas?

— De compras. ¿Y tú?

— A casa de Luisa.

Y se miran las dos. Paquita pasa de los cuarenta, y Margot no llega a los veinticinco. Quince años de diferencia son entre mujeres un motivo suficiente de odio. Margot es bonita. Paquita está ahora como estaba antes: fea. Margot espera que su amiga le diga algo; por ejemplo, que está guapa. Paquita se lo ha adivinado, y se calla. «Que me lo diga a mí antes. ¡Qué se habrá creído esa ridícula!»

— ¿Has visto qué tiempo?

— ¡Oh, hermosísimo!

— ¡Da gusto!

— ¡Sí, sí, da gusto!

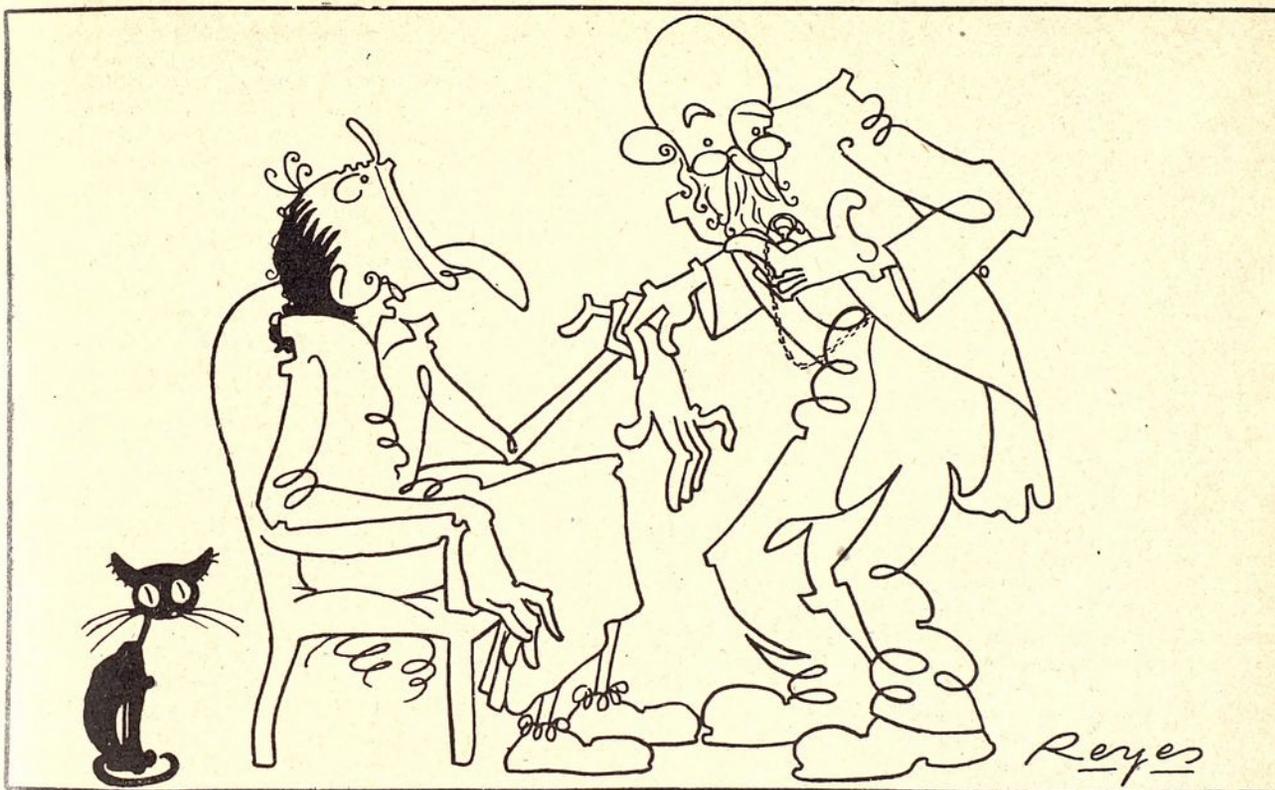
(Un silencio largo. «¡Cómo no me lo digas tú a mí antes!...»)

Durante un minuto se miran una a otra.

— Bueno, rica, te dejo — dice Paquita —. Voy escapada a la tienda, antes que se haga de noche. Tengo que ver unas telas, y con esto de la escasez de flúido, se pasan unos apuros tremendos. La otra noche entré a comprar unos metros de raso para Josefina, y por coger la tela estuve sobando un rato el dedo del dependiente..

Y Paquita y Margot se lanzan una sobre otra, como si fueran a morderse, y se besan en los dos carrillos.

JULIO ROMANO.



LA PORTERA ENFERMA

Dib. REYES. — Madrid

— El pulso está bien; lo único que tiene usted es una lengua horrible.
 — Sí, señor, lo reconozco; pero no es más que cuando me enfado...

EL BUEN HUMOR DE NUESTROS CLÁSICOS

REDONDILLAS

Al marqués de Malpica.

Quando el marqués de Malpica,
 caballero de la llave,
 con su silencio replica,
 dice todo cuanto sabe.

A Verger, alguacil de Corte.

¡Qué galán que entró Verger
 con cintillo de diamantes!
 ¡Diamantes que fueron antes
 de amantes de su mujer!

CONDE DE VILLAMEDIANA.

EPIGRAMAS

Dos días tienen de gusto
 las mujeres (si no yerran
 los que sus acciones tasan),
 y son: en el que se casan
 y el que a su marido entierran.

Toro se llama la cama
 del matrimonio, en latín.
 Etimología ruin
 sacará de ella la fama.

TIRSO DE MOLINA.

EPITAFIO

Aquí yace Juana Estella,
 que veinte años fué doncella
 y de hermoso parecer;
 y en dejándolo de ser,
 murió, según se ha sabido,
 de pena de haberlo sido.

Burla

Ortiz, yo llego a creer
 (aunque ha que naciste, Ortiz,
 treinta años) que tu nariz
 no ha acabado de nacer.

FRANCISCO DE QUEVEDO.

DEL BUEN HUMOR AJENO

UN AMANTE DE LOS PANORAMAS, por Georges Auriol.



FULANO (*saludando a la portera*). — ¿Es aquí donde se alquila un piso?

LA PORTERA. — Sí, señor: el quinto, con balcón a la calle. Cuatro habitaciones y la cocina. Agua y gas. ¿Quiere usted verlo?

FULANO. — Sí, señora. (*Suben.*)

LA PORTERA (*abriendo la puerta y jadeando*). — Vea usted, señor. El recibidor es inmenso. Puede usted colocar un perchero, y otras cuantas cosas... (*Fulano, sin escucharla, se va derecho al balcón del comedor. Lo abre, y se asoma.*)

FULANO (*aspirando voluptuosamente el aire*). — ¡Qué hermosa vista desde aquí! ¡Qué hermosa vista!

LA PORTERA (*ufanándose*). — Sí, señor, es una vista hermosísima. Parece que está uno en la torre Eiffel.

FULANO. — ¡Verdaderamente! Allí lejos está la torre Eiffel. ¡No hace mal desde aquí! ¡Cómo reduce la cúpula de los Inválidos! Allí se ve el arco del Triunfo. ¡Qué hermosura!

LA PORTERA. — Sí, señor, sí. Desde aquí se ve todo París, y los alrededores.

FULANO (*recostándose en la barandilla*). — ¿Qué es aquello tan verde?

LA PORTERA. — El bosque de Bolonia, señor.

FULANO. — ¿Y aquella montaña?

LA PORTERA. — El monte Valerien.

FULANO. — Y aquello, al fondo, ¿no es Versalles?

LA PORTERA. — ¡Oh! No, señor. Es el Bas-Meduo. Y del otro lado, vea usted: Saint-Ouen, Saint-Denis, Pantin, el Raincy...

FULANO (*sacando un cigarro y encendiéndolo*). — ¡Qué bien se respira!

LA PORTERA. — Eso sí. Aquí no falta nunca el aire.

FULANO (*metiendo los dedos en los bolsillos del chaleco*). — ¡Cómo me gustaría vivir aquí!

LA PORTERA (*volviendo a la habitación*). — Vea usted el comedor: es soberbio. Con su buena chimenea...

FULANO (*distruido*). — Sí..., sí... (*Asomándose*). ¡Hombre! ¡La Magdalena!

LA PORTERA (*insinuante*). — El salón es muy grande también y tiene una gran puerta de comunicación con el comedor.

FULANO (*que no la oye*). — ¡Saint-Denis! ¡El Raincy! ¡Villemomble! ¡Montfermeil! ¡Es admirable! ¡Qué bien se ve la basílica de Saint-Denis!

LA PORTERA (*insistente*). — Los dos dormitorios son muy hermosos, y tienen muy buena luz. ¿Quiere usted ver la cocina?

FULANO (*absorto*). — No..., no...; déjeme. Me parece que estoy vien-

do... ¡Sí..., sí...! ¡El Velódromo! ¡Qué barbaridad! No creí yo que se vería el Velódromo desde aquí.

LA PORTERA (*muy inquieta*). — Si el señor quisiera aligerar un poco. He dejado mi puchero en la lumbre...

FULANO. — ¡Sí! ¡Muy bien! ¡Es maravilloso, verdaderamente! (*Se entra a la habitación después de haber dirigido una última mirada.*)

LA PORTERA. — ¿Qué, le gusta al señor?

FULANO. — ¡Bellísimo! ¡Estoy encantado! ¡Me gusta locamente! (*Se dirige a la puerta.*)

LA PORTERA (*asombrada*). — ¿No quiere usted ver las otras habitaciones?

FULANO. — No, ¿para qué? ¡Muchas gracias!

LA PORTERA. — ¿Pero va usted a alquilarlo sin verlo?

FULANO (*abriendo los ojos con asombro*). — ¿Alquilar? ¿Qué me dice usted? ¡Yo no pienso alquilarlo!

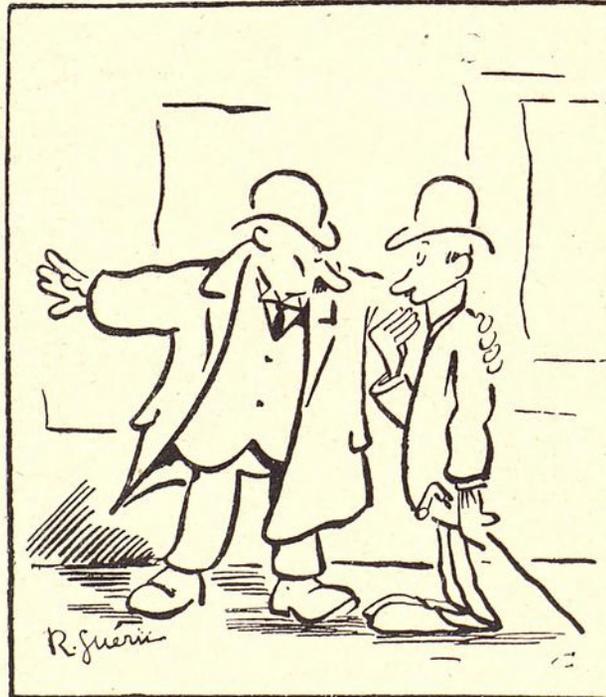
LA PORTERA (*secamente*). — ¿Cómo es eso? ¿A qué ha subido usted entonces?

FULANO (*jovialmente*). — ¡Para ver el panorama! Me paso toda la semana trabajando en un sótano, desde la mañana hasta la noche. Apenas veo el sol, ni respiro. De este modo, comprenderá usted que, cuando llega el domingo, no pierda la ocasión de fumar un cigarro en un balcón abierto, teniendo a la vista un hermoso panorama...

LA BUFANDA, por Jules Jouy.

La escena representa la imperial del ómnibus Bastilla-Magdalena en una mañana de invierno. Un viajero solitario e insuficientemente abrigado ocupa un asiento cerca del pescante a la hora de salir.

El cochero, gordo y colorado, con un gorro de piel hasta las orejas y los pies calzados por unas za-



UN HOMBRE PRUDENTE

— ¡Corra usted, hombre! Su casa está ardiendo, y su mujer dentro...

— Hombre, no me atrevo... ¡Como llevo el cuello de cuelloide!

(De R. GUERIN, en Le Matin. — Paris.)

patillas de paño, sube al pescante, empuña las riendas, lanza alegremente un «¡Arrel!», y pone en marcha el carruaje.

EL COCHERO (*al viajero*). — ¡Está fresquita la mañana!...

EL VIAJERO (*tiritando*). — ¡Sí!...

Boulevard Beaumarchais.

EL COCHERO (*señalando a un transeúnte*). — Ahí va uno que ya se le ha puesto.

EL VIAJERO. — ¿El qué?

EL COCHERO. — Que se ha puesto su bufanda.

EL VIAJERO. — ¡Sí!...

Plaza del Château-d'Eau.

EL COCHERO. — Yo no me la pongo nunca.

EL VIAJERO. — ¿El qué?

EL COCHERO. — La bufanda.

EL VIAJERO. — ¡Ah!...

Puerta de Saint-Denis.

EL COCHERO. — ¿Y usted?

EL VIAJERO. — ¿Yo? ¿Qué?

EL COCHERO. — ¿Se pone usted bufanda?

EL VIAJERO. — ¡No!

Boulevard de los Italianos.

EL COCHERO. — Entonces, es como yo.

EL VIAJERO. — ¿Cómo?

EL COCHERO. — Digo que como yo.



CUPÓN

correspondiente al número 16
de

BUEN HUMOR

Cada trabajo — no solicitado —
que se nos remita, ha de venir necesariamente acompañado del presente cupón.

LA COMPRA DE UN METRO DE TELA



En los Estados Unidos.



En Alemania.



En Austria.



¡En Polonia!

(Del Fligende Blätter. — Munich.)

EL VIAJERO. — ¿Qué es como usted?

EL COCHERO. — El no usarla nunca.

EL VIAJERO. — Pero ¿el qué?

EL COCHERO. — La bufanda.

EL VIAJERO. — ¡Ah!...

Plaza de la Magdalena.

EL COCHERO. — Yo creo que es mejor un buen vaso de vino.

EL VIAJERO. — ¿Mejor que qué?

EL COCHERO. — Que la bufanda.

EL VIAJERO. — ¡Ah!...

El viajero se apea, y tiene que acabar por pagarle una copa al cochero.

A. R. H.

ENTREACTOS

*T'alvierto que soy banquero
de cuatro a seis de la tarde
en una casa de juego.*

*Te den una puñalá
que te quepan por la hería
dos perros pa pelear.*

*Me diste agua con tus manos.
¡Qué fresca que estaba el agua!
¡Qué besos que le di al vaso!*

*En aquella cama en que parmó
naide dormirá; ¡fella
que de chinches, ¡mare de mi arma!,
plagaíta está.*

*Deja la literatura
y espuma el coci, mi arma,
y rehoga la verdura.*

*Carcula cómo será,
que quiero inventar pa ella
otro pecao capital.*

ANTONIO GRILLO,
C. de la A. de la L.

**CORRESPONDENCIA
MUY PARTICULAR**

Rogamos un poco de paciencia a los espontáneos que nos honran con su colaboración y que nos escriben solicitando contestación urgente. Son muchos los originales que recibimos, y a todos — si vienen con el cupón correspondiente — contestaremos cuando les llegue su turno.

A. L. Jaén. — No, señor, no. No quepe más infantilidad. Además de que eso del parto es..., vamos, ya me entiendo usted...

J. de Melanio. — En lo del hilo y el ovillo no hemos podido pasar de la pregunta número 6, que dice: «¿Qué es paciencia?» Y para decirle que la paciencia es algo que se nos está acabando. Lo de *El café de la confianza*, a pesar de ser de una antigüedad visigótica y de los bombos que en él se nos dedican, no sirve.

Uno de los dos hachas. Madrid. — Como verá usted, ha pasado ya de actualidad. A ver si para otro año...



NÚMERO 16

DE

BUEN HUMOR

Cupón que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita con destino a NUESTROS CONCURSOS

P. P. Valladolid. — Es monótono y no tiene gracia. Mande usted otra cosa, con menos citas en diversos idiomas, si puede ser, porque nos hacemos un taco.

E. E. Valladolid. — Se le contestó a su debido tiempo: vea usted el número 11. Los números atrasados de nuestro semanario cuestan, hasta ahora, lo mismo que el número corriente.

F. H. G. Valladolid. — No está mal la idea de ese *poutpourri* de *couplets* dialogados, aunque podía usted haber explotado el tema con mayor cantidad de trozos selectos y con mejor selección de los aprovechados. El artículo sería de gran utilidad para Luis Esteso y la Cibeles.

E. K. C., legionario de España. Melilla. ¡Vamos a probar! Mándenos usted esas crónicas *sur place*, a ver qué resultan. Sin compromiso, ¿eh? Y que cure usted pronto y bien de esas heridas.

Faustino Delicado. Madrid. — ¡Caramba! El procedimiento para planchar que usted preconiza, no es precisamente para los cuellos, es más bien para los puños... y sus derivados. ¡Delicado, delicado! ¡Naturalmente!

F. M. H. Jaén. — No, señor. No solamente no hay que pagar *cuota* para colaborar en BUEN HUMOR, sino que además pagamos todos los originales que aparecen en nuestras páginas.

F. S. A. Madrid. — Nos gustan más los dibujos que los chistes. Insista usted.

Grofitto. — Pocholo. — Pitágoras. — Publicaremos uno de sus dibujos.

Criticón. Cette-sur-Manzanares. — Está bastante bien. Insista con algo que no sea de sociedad.

D. P. del A. Almería. — Como verá usted, ha pasado ya el Carnaval, y no es oportuno hablar, en Cuaresma, de *pierrrots* y de *veleidosas Colombinas*.

Estéfano de Pol. Montenegro. — Está muy bien. Mande usted otras cosas un poco desligadas de la cuestión de Marruecos, ¿eh?

Simeón. Toledo. — Es muy antiguo, muy antiguo. Se recibió el cupón.

Camelo. Valladolid. — Estamos asombrados. Tiene usted respuestas para todo. Su *Matrícula de honor* queda en *suspense*.

Carátula. — Sí, señor. Si está bien, se publica; y si se publica, se abona. ¿Está claro?

N. H. A. Madrid. — Sí, tiene usted razón. Los bailes modernos son una completa inmoralidad, y las *niñas bien* y los *pollos bien* suelen ser apestosísimos; pero nuestra misión en este mundo no es precisamente la de mejorar las costumbres... ni la raza de los pollos.

K-Pikúa. Madrid. — De su artículo hemos leído el principio y el final..., y ya se ve lo que da de sí... ¡*Capicúa!*

A. C. de T. Sevilla. — La broma esa tiene, como usted dice, *mal ange*. ¡Una máscara en un féretro! Vamos, no diga us-

ted en Sevilla que nos ha mandado semejante cosa...

V. Morcillo. Madrid. — ¡Bien, sí, señor! Nada de predisposición contra los ateístas (muy señores nuestros), a pesar de las ovaciones a Unamuno. Los trabajitos que nos envía nos han gustado bastante; ahora bien, no lo suficiente para darlos a las cajas. Tenemos la seguridad, si usted *reincide* y acierta en el asunto, de que hemos de pedirle nos descifre el misterio de su seudónimo.

R. R. R. Zaragoza. — ¡Vamos, hombre! ¡Eso no se le ocurre ni al tonto de Rompelanzas!...

G. P. Madrid. — El dibujo está bien; pero el chiste no es comprensible, y no es cosa de publicarlo con explicación. Mande otro.

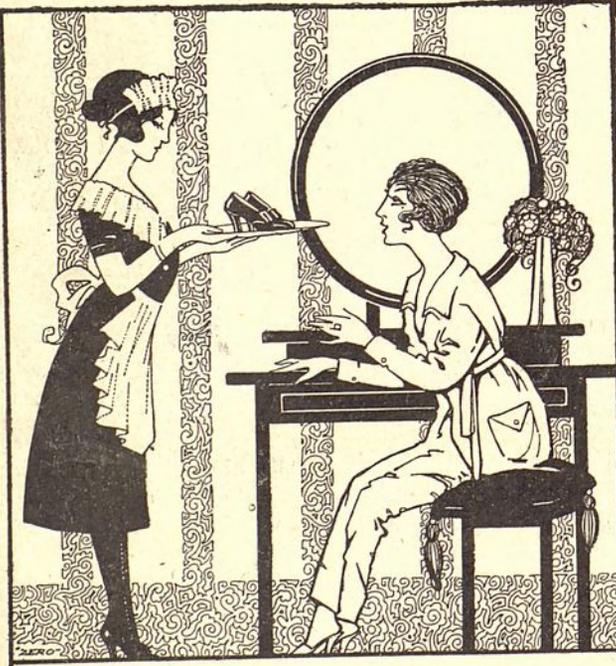
Godínez. — Verger. Madrid. — Tolito. — Fedgaldó. — Kaolin. — Genova. — Ubieta. Merino. — Aga. — R. S. R. Madrid. — Sus dibujos no sirven.

J. F. S. Madrid. — ¡Hombre! Es un poco... Mande usted otra cosa, y en prosa, si puede ser.

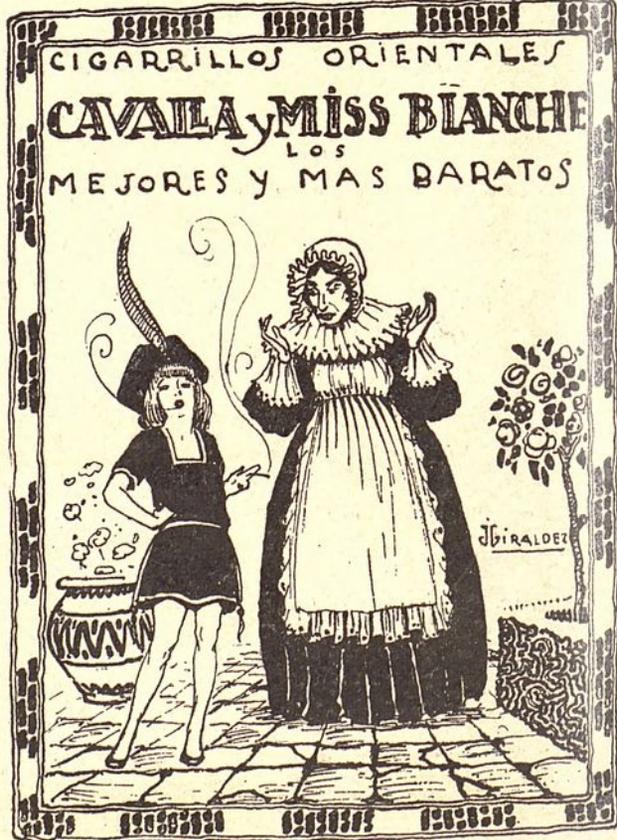
El Fisgón de los Madriles. — Esas cosas castizas no nos van. ¿*T'has enterao?*

José María. Madrid. — No, no se lo diremos a Pérez, ni a Gómez de la Serna, ni a nadie. Le guardaremos el secreto eternamente.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



Calzados PAGAY
LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS
MADRID: Carmen, 5. BILBAO: Gran Vía, 2.



CIGARRILLOS ORIENTALES
CAVALLA y MISS BLANCHE
LOS MEJORES Y MAS BARATOS
BIRALOEZ



BUEN HUMOR



SEMANARIO SATÍRICO

Precios de suscripción

(EMPEZARÁ EL PRIMERO DE MES)

MADRID Y PROVINCIAS

| | |
|-----------------------------|---------------|
| Trimestre (13 números)..... | 5,20 pesetas. |
| Semestre (26 —)..... | 10,40 — |
| Año (52 —)..... | 20 — |

PORTUGAL

| | |
|-----------------------------|---------------|
| Trimestre (13 números)..... | 6,20 pesetas. |
| Semestre (26 —)..... | 12,40 — |
| Año (52 —)..... | 24 — |

EXTRANJERO. — UNIÓN POSTAL

| | |
|-----------------|---------------|
| Trimestre | 12,40 pesetas |
| Semestre..... | 16,50 — |
| Año..... | 32 — |

ARGENTINA. BUENOS AIRES

MANZANERA Y COMP.^ª, Independencia, 856.

| | |
|---------------------|--------------|
| Semestre | \$ 6 |
| Año..... | \$ 12 |
| Número suelto | 25 centavos. |

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ANGEL, 5

MADRID

BUEN HUMOR

SEMANARIO
SATÍRICO

40cts.

Dibujo de PÉREZ DURÍAS.

De nuestro concurso de carteles.

